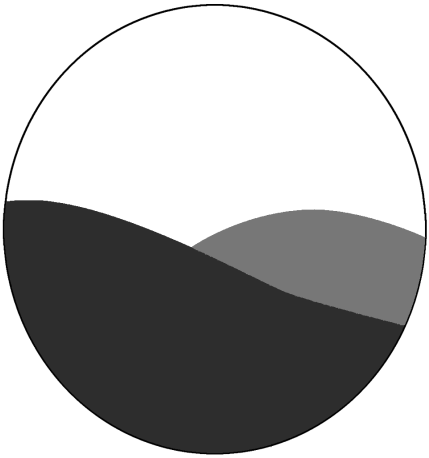
Elogio de la colina



Elogio de la colina

Víctor Olaya

2020

Elogio de la colina.
Víctor Olaya.

Copyright ©Víctor Olaya, 2020.

Prólogo

Al montañero, que si bien nunca conquistó cima de gran calibre sí que guarda en su haber algunos picos nobles y muy dignos, le invade desde hace tiempo una querencia por los lugares menos altos, por las redondeces básicas y los contornos más fundamentales del paisaje. En lugar de aventurarse ya en las alturas y las dificultades, se entretiene ahora en hilar los altozanos y los cerros simples, toma una vereda y se alcanza hasta la cúspide de un montículo breve y se detiene allí un momento a observar antes de bajar y continuar su paseo por las vaguadas, y más tarde se encarama a otra, y luego otra más, y va tomando vistas de la misma tierra desde techos distintos. El paisaje de montaña en el que hoy deja sus sueños ya no es el de las cimas imponentes, sino el de esta colección de horizontes bulbosos que se sobreponen y galopan uno encima del otro, estas curvas suaves y panzudas decoradas con pequeños bosquetes o tapizadas de unos prados tímidos y de

aire honesto, con las que se enfrenta ahora del mismo modo que en otro tiempo lo hizo con relieves de más enjundia.

Al montañero no le han dejado de gustar las grandes montañas, ni las nieves, ni los riscos, ni las aristas acuchilladas, pero siente ahora que esos objetivos, aunque nunca le obsesionaron por su magnitud ni persiguió en ellos gloria alguna, no son de por sí más nobles que las otras elevaciones que ahora disfruta. Y no cree que, para proclamarse montañero, uno deba buscar esas cimas, sino que bien puede investirse de tal rango en estos relieves modestos que hoy prefiere. Al montañero le gusta hoy ser un montañero de bajuras, de lomas tímidas, porque está convencido de que guardan toda la verdad en la que la auténtica labor montañera se sustenta.

Si lo piensa bien, lo cierto es que no recuerda la última vez que estuvo en una de esas montañas mayúsculas y acometió la empresa de ascenderla, pero siente que no es ahora menos montañero que entonces, sino tal vez incluso más. A fin de cuentas, se podría decir que comprende mejor la naturaleza misma de la montaña y es capaz de encontrar su espíritu incluso en los altos más humildes del paisaje.

El montañero cree que todas estas colinas suyas, aunque quizás su talla puede ser que no alcance, deberían ser llamadas por derecho propio *montañas*, porque esta no es una categoría que se obtenga por el mero guarismo, sino más bien por la consideración de aquellos que las suben y las comprenden. Opina que estas lomas cimeras, atalayas de este paisaje sin asperezas, tienen la sangre de la verdadera montaña, de

esa que calma las destemplanzas y deja las ansias atribuladas, ansiosas de más altura.

Dice el diccionario que una montaña es una «gran elevación del terreno» y que un montañero es aquel que practica la ascensión de altas montañas. En el lado físico y académico de las definiciones, existe pues un orden lógico en el que el concepto de montaña precede al de quien deja en ella partes iguales de su tiempo, su energía y sus afectos. No existe el montañero sin una cima alta y bien trazada en la que proclamarse.

Sin embargo, más allá de lo lingüístico y lo geográfico, en el lado humano de lo que la montaña significa, esta lógica se invierte y es el hombre quien define a la montaña, porque una montaña es tal únicamente si quien la asciende así la considera. Cada cual escribe sus montañas tan solo en el momento que las toma, no antes, y lo hace sobre la base de un criterio que sabe poco de números e hipótesis, pero mucho de pálpitos y paciencias.

Al subir estas colinas, a este montañero le apresa las más de las veces la misma verdad que cuando pisa cumbres más altas: esa de ser alguien que persigue las cosas que habitan sobre el labio del horizonte y a quien le gusta ese viento distinto que se hilvana en las piedras allá arriba; alguien que encuentra una paradójica humildad viendo las cosas a sus pies y no sobre sí mismo, o que es capaz de entender un hogar acogedor en la más inhóspita de las intemperies. La idea de montaña, que de por sí no tiene sustancia humana,

la entiende así no más que como aquello que un montañero asciende, tan solo un escenario de sus oficios, un rubro en el que clasificar la emoción que le provocan ciertas alturas. Es en el sentir de quien la conquista donde vive esa verdad que sanciona como montaña a una pieza del paisaje.

Al montañero le enseñaron desde pequeño a amar las montañas. Pero más allá de eso, aprendió a amar todo tipo de relieves: las curvas y ángulos que se forman en la distancia, las alturas que hacen sombras en el paisaje, los cuchillares afilados y las lomas de curvas dulces donde el sol al atardecer se solaza como un paisano a la siesta, todos los lugares del territorio en los que puede separarse un norte y un sur, las pendientes, los falsos llanos, las hendiduras de los regatos sobre el pelaje de la tierra, cualquier atalaya en la que saberse vigía. Porque eso es lo que él llama montaña, esas son las realidades que guardan aquello que le une a todos los que antes que él mismo han disfrutado subiendo y bajando sobre la costra vieja de este mundo. Y es en esos lugares donde, si la suerte y el orgullo le son propicios, se siente como tal montañero de vez en cuando.

El montañero tiene más pasiones que la de las alturas y las pendientes, ya sean estas modestas o grandiosas, y en los días de buen tiempo gusta de pararse a mitad de un paseo y escribir historias y versos. Hoy piensa que es buen día para escribir estas ideas suyas sobre las montañas que no son tales pero debieran serlo, para elogiar estas colinas, para reivindicar su grandeza y subirse a ellas a gritar que allí se

encuentra todo lo que parecemos empeñados en buscar solo en aquellos rincones a los que se arriba con riesgo y dificultad. Por eso, el montañero ha cogido hoy su cuaderno de notas, se ha sentado en lo alto de una colina, y ha empezado a escribir un libro.

Elogio de la colina

Es probable que nunca hayas subido una colina. Llegaste hasta allí arriba, pero no fue del modo en que la voluntad de estos relieves rige: no te detuviste a mirar y valorar las distancias, llenar con temple los pulmones de aire fresco, disfrutar el viento que sopla por el babor de las nostalgias, instigar desde la cumbre los azarosos mecanismos del recuerdo y la vida. No subiste a una colina como se sube a una montaña. Porque así es como se han de subir las colinas, como si se tratase de montañas, como una empresa enjundiosa a la que uno ha de entregarse sin remilgos.

Ahora ve y búscate una colina. Alcánzate hasta ella, súbela, manifiéstate allá en lo alto como lo harías sobre una cima de renombre, de esas que tal vez ya subiste o tienes pensado hacerlo para calibrar tus esperanzas. Fue sencillo, fue rápido. ¿Acaso no pueden ser así las cosas en la que se apuntalan la felicidad y los orgullos de la vida?

Desciende. Anota esta gesta en tu cuaderno de momentos. Piensa en repetirlo, en lo fácil que sería subir una vez más. Ahora ya has subido tu primera colina.

Siempre he tenido la idea de que la montaña no es una cuestión de verticalidades, sino más bien de horizontalidades: la dimensión horizontal es la que guarda la esencia del montañismo y mejor lo explica. La montaña es, por encima de todo, un asunto de horizontes, un lugar donde encontramos la única forma posible de encaramarnos a ese limite incierto y coronar la línea que nos separa de la otra parte distante del mundo.

Sobre la llanura, el horizonte es indefinido, inalcanzable, burlón; no da opción alguna al conquistador inquieto y se le escapa sin descanso. En la montaña, los horizontes son tangibles, asequibles si uno desea hacerlos suyos. El horizonte en las montañas es una presa a veces esquiva pero al menos alcanzable, real, distinta de ese borde estático y monótono de las llanuras. En la montaña uno puede a ciencia cierta poner su pie sobre el horizonte mismo.

Los horizontes le permiten a quien los observa soñar con una cierta referencia, tener una estimación grosera de los limites a los que se enfrenta. Donde no existen horizontes, uno tan solo imagina sin saber muy bien qué hay al otro lado de la barrera, el sueño es más una hipótesis que un deseo.

Los horizontes distantes, marítimos, dejan una inquietud ansiosa y un vértigo en los adentros, porque ese límite es como el final de un arco iris al que no es posible hacerse y que puede observarse no más en la distancia. En el perfil recortado de la montaña, sin embargo, uno encuentra una forma tangible de horizonte sobre el que puede recostarse y poseer esa dudosa mitad del mundo que queda al otro lado; la silueta de los montes sobre el atardecer es una frontera real cuya conquista pertenece a lo factible, y en nuestra mirada eso le da el atractivo inevitable de las causas que pueden aún vencerse. No tenemos una ambición hecha para los retos imposibles, sino para aquellas empresas difíciles, sustanciosas, en las que atisbamos al menos una mínima garantía; y no son las cosas imposibles, sino las remotamente posibles, las que más estimulan el alma viajera del hombre.

El poder cautivador de las montañas resida tal vez en que al hacerse con la cima de una de ellas, uno no solo conquista una altura, sino que deshace una frontera, doblega ese horizonte que pasa a ser ya un límite vencido. Es por eso que en el paisaje de montaña las líneas más hermosas son las horizontales, el perfil reposado de las sierras. Porque en las trazas verticales se esconde tal vez el reto, la gloria, el escena-

rio de la lucha entre hombre y montaña; pero es en la curva tendida, en el contorno de suelo, donde se posa la mirada para descubrir la belleza del monte.

Mientras subo esta colina me detengo a mirar el horizonte que forma, lo sigo hasta donde se pierde después de ondular sin prisa y dar forma a otras colinas iguales. De estos horizontes hechos de cerros y valles globulosos, lo que más me gusta es que son amigables. El horizonte de la alta montaña me ha parecido siempre más violento, acuciante, como si a pesar de la altura y la distancia no dejara espacio ni calma. Es una frontera hecha para la contemplación lejana, allá al fondo, pero en la cercanía tiene un aire demasiado seco e inquisitivo. Las líneas suaves de este paisaje alomado son sin embargo tranquilas y deleitosas, y aún así no pierden su carácter ni dejan de invitarnos a su conquista, a buscar sobre ellas la posesión de un límite invisible.

Al llegar arriba, me acomodo sobre un parche de hierbas despeinadas para mirar a la distancia. No puedo decir que estoy sobre la cima, porque estas montañas ni siquiera tienen una cima evidente, sino un perfil redondeado y amplio, moldeado con poca intención de dejar un rincón en el que saberse por encima de todo. Las montañas pequeñas en lugar de cimas y picos tienen en sí el horizonte mismo, la curva que las corona es un hilo que puede recorrerse y, aunque con menos celebración, tal vez conquistarse y apoderarse de él con igual ímpetu y certeza.

A esta colina subo casi cada día, a veces no más que para echar un vistazo y otras para pasar el tiempo sin necesidad de contemplación alguna. Algunos días me encaramo sobre una piedra y grito algo, como quien tuviera que dar un discurso en una plaza y se alzara para hacerse escuchar; otros dejo que el viento me dé en la cara o me creo que nadie estuvo antes en este sitio, que esta mía es a todos los efectos la primera añoranza que viene a depositarse aquí arriba. Todo ese imaginario particular de la montaña pasa por mi mente cuando subo a esta colina, y puedo hacer todo cuanto un montañero hace cuando corona, ya sea por primera vez o no, una cima deseada.

Cada cual se procura con el tiempo un paisaje en que reivindicarse con más fuerza. Para algunos no significa más que una vista que les deja un cierto calor familiar, esa tibieza de las cosas que no se extrañan; para otros llega a ser una necesidad, un vínculo vital que escuece al romperlo por más tiempo del imprescindible. Los montañeros son tal vez quienes más a menudo tienen este último tipo de referencias. Ya sea una montaña, una cordillera, un circo o una pared concreta, quien se aventura a la montaña suele guardar algún lugar del que no logra desembarazarse, quizás porque fue la primera cima de valor que logró conquistar, o tal vez porque la anduvo esperando durante mucho tiempo y al hacerla suya se supo por vez primera montañero. Y a veces, sin saber bien por qué, lo que al montañero le subleva las nostalgias es simplemente una colina, un montículo corriente y sin es-

tridencias al que puede subir cotidianamente, y que a fuerza de hacerlo una y otra vez le va desgastando tenaz las esquinas ásperas de allá adentro. Una colina como esta, como esta colina mía, como esta montaña mía en la que ahora estoy.

Hoy me apetece quedarme aquí arriba mirando los colores y el tapiz ajedrezado de los campos, escrutando con más curiosidad que de costumbre las quebradas del terreno. Desde aquí se ven las curvas del resto de colinas, sus otros horizontes en la estampa voluptuosa de estos relieves, y la mirada se detiene a buscar formas en las lomas y símiles graciosos como los que se indagan en los contornos de las nubes. Cuando el ojo encuentra en el perfil de una montaña una forma, las más de las veces acaba dejando en ella un nombre, un topónimo que convierte la imaginación de quien observa en una certeza. La de la montaña, que es tal vez la toponimia más compleja y voluble, la que más bebe de lo místico y lo irracional, está llena de nombres que nacen de una silueta y de lo que esta invoca en el imaginario de los montañeros.

Las colinas, sin embargo, no tienen nombre. Las colinas son como los arroyuelos minúsculos y superficiales, o como las sendas difusas que no llevan a ningún lugar reseñable; parte de una geografía sin más cédula de identidad que sus propios perfiles y tal vez alguna línea en un mapa. En el mar de tierra adentro, la colina es el islote anónimo, irrelevante, a quien los años no han logrado procurarle una identidad. Tal vez sea ahí donde estribe una de las diferencias entre montaña y colina, no ya en la talla o el desnivel, sino en

el hecho simple de haber sido nombrada. Las colinas no tienen nombre y, de tenerlo, tal vez entonces deban llamarse «montañas», porque es entonces cuando habrán convocado los sentimientos de la montaña, esos que obligan a uno a darle apelativo al lugar de sus emociones.

A estas alturas de la historia, las cosas que no han tenido nombre es difícil ya que lo encuentren. Sigue sin importar mucho darle un apelativo inequívoco a los cerros humildes, a los cabos de mar discretos, a las charcas y los retazos de bosque. Por eso estas colinas se subirán sin denominación alguna, como si no estuvieran en el caprichoso mapa de los tiempos, mientras que las montañas tienen siempre nombres antiguos, nombres que el hombre les puso incluso antes de lograr subirlas, para así poder guardar después ese suceso cuando hubiera de llegar.

A veces siento que pertenezco a estas colinas, hay un hogar veraz aquí arriba cuando me siento a observar. Y lo más hermoso de sentirse nacer en un sitio sin nombre, o de descubrirse a sí mismo arriba de un cerro anónimo, es que entonces uno ya no tiene más gentilicio que el de su propio cuerpo.

Lo que le falta sobre todo a las colinas para ser montañas no es sin embargo un nombre, sino una historia. Una colina es una montaña sin historia. No porque no sea pieza antigua, sino porque en lo humano, en su historia reciente junto a nosotros, ese bagaje no queda recogido en documento alguno. La historia de las colinas no se guarda más que en recuerdos fugaces, y una colina es en realidad una montaña sin cronistas, un escenario vivo pero anónimo del que nadie conserva un registro cierto. Porque, sin un nombre con que reivindicarlas, no hay forma alguna de preservar su ayer.

A base de subir estas colinas una y otra vez, me conozco ya los recovecos del camino: un árbol nudoso, un saliente donde el camino dobla, una vaguada que parece hecha para albergar un río pero por la que nada baja. Todos ellos, como las colinas en sí mismas, son accidentes sin nombre alguno, recodos anónimos, pero a fuerza de descubrirlos uno acaba

dándoles una identidad propia en la que referenciar a su vez lo que en ellas se siente. En el mapa del montañero suele haber más lugares que los que el cartógrafo conoce, porque los recovecos privados, secretos, donde nadie antes puso atención, son los que suelen dejar las huellas más indelebles.

Me gusta subir cualquiera de estos cerros sabiendo que tienen un pasado desconocido, apenas con más documento que sus curvas. ¿Se sabe acaso quién tomó cada una de estas alturas por primera vez? ¿Se conoce la fecha exacta en que fue descubierta, doblegada, incorporada a la historia material del hombre? Probablemente no. Puede decirse que aquí el tiempo realmente pasa, los instantes se van y no regresan, y la historia es no más un ahora al que no fueron invitados los cronistas. Uno sube hasta aquí arriba y, una vez que parte, la historia nada sabrá de lo que hizo. El montañero aquí es solo uno más de una lista volátil y anónima de satisfacciones que arribaron a buen puerto sobre estos miradores.

¿Qué mejor forma de disfrutar de esa humildad que la montaña nos enseña que sabiendo que ni siquiera podremos dejar una huella en su historia? Cualquiera puede hollar estas cimas, llegar hasta aquí en un suave paseo, pero no hay forma alguna de quedarse. Cuando ya no estemos, la montaña nos olvidará y no podremos dejar en estas pequeñas cumbres ni siquiera nuestro nombre como se deja en la historia de las grandes paredes cuando uno las conquista por vez primera.

Le hemos concedido a la montaña el papel de ser un extraño cuaderno donde el hombre anota sus logros en forma

de ascensos, pero algunas montañas no tienen ni tendrán registros en sus páginas, porque ascenderlas no resulta hazaña alguna y la única recompensa que ofrecen es un sosiego momentáneo, un poco de pausa allí dentro en el abismo de nuestros humores. Estas montañas discretas vienen a enseñarnos la futilidad de las aspiraciones distantes, o mirado de otro modo, lo tangible que resulta el simple deseo de ser feliz, de sonreír mirando desde ellas el paisaje, de quedarse al margen de todo afán de perpetuarse más allá del ahora. La montaña grandiosa puede tal vez mostrarnos un cierto futuro y un modo posible de persistir lo que somos, pero la montaña pequeña y humilde nos habla del hoy, de ese disfrute parvo con el que se edifica la felicidad más sólida.

Puesto que las colinas no acostumbran a tener ni historia ni nombre, lo que el montañero pueda ver e imaginar en sus curvas no pasa de ser una anécdota que no habrá de pervivir más allá de ese instante, igual que sucede, ya digo, cuando se atisban formas caprichosas en las nubes. Emocionalmente, la colina es un lugar mucho más efímero que la alta montaña, despierta sensaciones que no están llamadas a durar, sino a que más adelante, cuando el montañero regrese ante esa misma silueta, vuelvan a aparecer de un modo distinto.

Empiezo a bajar la colina y dejo atrás este horizonte y los otros allá en la distancia, otras lomas que desde un ángulo nuevo darán formas distintas e imaginaciones diferentes. Y es en esa línea horizontal donde queda su esencia, donde está el esqueleto de la montaña y el trazo que la resume. Y el que

debemos mirar y recordar para poder decir que conocemos una montaña.

De regreso, curioseo en un mapa estos mismos relieves y encuentro otra clase de líneas: alguna senda, algún riachuelo, y también las curvas de nivel donde se sueñan de antemano las conquistas y se van adiestrando los relieves. Las colinas tiene sobre el mapa una forma dulce, unas líneas bien espaciadas, sin apreturas, y con la cifra modesta en su centro, casi anecdótica. Las colinas tienen una entrañable fotogenia cartográfica que hay que aprender a buscar cuando se mira un mapa, allí escondidas, tímidas, entre los símbolos, las tintas y los trazos que reclaman su espacio.

Al fondo del paisaje, el sol, último conquistador del horizonte, se ha echado ya a dormir y ha borrado las líneas de los cerros, dejando un relieve sin identidad hasta mañana.

La colina es un animal gregario. En el paisaje de colinas apenas hay cerros solitarios ni atalayas individuales rodeadas de llanura, sino sucesiones de lomas siempre cercanas y casi idénticas que parecen buscar el calor de otros semejantes. Las colinas no son piezas singulares, sino elementos de una orografía plural en la que los relieves hablan entre sí, y no se han de ascender como realidades aisladas, sino junto a otras, subiendo y bajando entre ellas, dejándose llevar en un recorrido en el que cada cima discreta nos invita a avanzarnos hasta la siguiente.

Subir colinas una tras otra, encadenando las laderas y los techos, forma parte de esas labores que se comienzan a envites cortos, discretamente, y cuando uno quiere darse cuenta ha formado ya una colección suficiente de la que puede incluso sentir un cierto orgullo. Es similar a escribir un diario, una cuartilla exigua cada día, y al cabo de los meses ver que

se tiene un testimonio grueso y bien documentado de una parte de nuestra vida. La sensación al mirar hacia atrás y ver las colinas que se han subido en una jornada tiene un aire de creación literaria, como sumando folios llenos a una historia que se va escribiendo en los senderos.

Las colinas se han de subir una después de otra, y el paseo así enhebrado de montículos tiene a veces un regusto a montaña, a verdadera ascensión de cierto calibre, y quien lo lleva a cabo se siente plenamente montañero en estos trances. Otras veces, sin embargo, se antoja no más como un recorrido a lo largo de un relieve tendido y sin sobresaltos, y uno se cree un simple caminante, un mero andarín que marcha en pos de algo allá al final de su singladura. Y aunque beba de uno otro lado, o tal vez porque lo hace de ambos y siempre se es en este lance montañero y caminante al mismo tiempo, esta de subir colinas es una tarea que tiene regusto viajero. Subir a las colinas es siempre un viaje.

Quien recorre estos cerros y se detiene en sus alturas se embarca en un viaje breve, diminuto, que pese a ello tiene los ingredientes de la empresa más lejana y venturosa. Sobre las colinas, si se encadenan y se visitan sin rumbo, existen la nostalgia nómada, el deseo de regreso, la mirada hacia lo extraño y ese reposo almibarado que el viajero acostumbra a encontrar en los rincones más familiares de la distancia. Y sobre todo, existe la transición de las inquietudes, el tránsito sin el que un viaje no es tal, porque para sentirse viajero uno

ha de trajinar en los adentros una sucesión de emociones que le hagan sentirse lejos del hogar que habita.

Con una mochila al hombro y un poco de intención, estos paseos arriba y abajo de las colinas no son excursiones, ni caminatas; son verdaderos viajes en los que uno puede legítimamente nombrarse viajero. Las colinas no han de ascenderse sin más, sino surcarse una tras otra, viajar a través de ellas. Es así, engarzando una línea de cerros, como se entabla relación con este paisaje. Y al acabar el viaje se tiene un relato bien articulado, con su nudo y su desenlace, a través del que el viajero puede leer la historia que el territorio le cuenta.

Hoy paso el día completo en las colinas. Subo y bajo unas cuantas de ellas, y desde cada altura voy dándole caza a un pedazo de horizonte. Me detengo a comer y beber cuando el cuerpo lo pide, y a sestear sin prisa bajo una sombra oportuna. Cruzo un pueblo en el camino y saludo a una mujer que me mira marchar después con ese aire indiferente con que se escruta al forastero, y vuelvo a encaramarme en otro alto, apenas lejos de aquellas casas, pero que se antoja en la errática brújula de los adentros como un destino lejano y salvaje. Arriba, me siento y leo unas páginas de un librito que llevo, pero se me atolondra rápido el pensar y, sin poder concentrarme en ello, me dedico en su lugar a mirar el paisaje unos minutos más y emprendo de nuevo la marcha.

El camino sigue por un bosque de troncos finos, sin espesura, y sale después sobre unos prados donde un hombre custodia sus vacas. Abajo de la ladera, un tractor cosecha con

avidez las líneas de un maizal. A buen seguro estos hombres, amantes también de estas colinas y sus formas, tendrán una imagen de todo esto distinta de la que yo tengo, menos bucólica, sin el barniz de esta ociosidad mía. En las montañas, las colinas o los llanos, el sentir es bien diferente para quien trabaja la tierra, que aunque hermosa nunca fue ni es aun hoy día labor sencilla.

Nada le falta a esta excursión mía para decirse viaje, un viaje no venturoso ni intenso, pobre de épica y exotismo, pero viaje sin duda.

Ahora he llegado a lo alto de mi colina, sobre el otero donde acostumbro a subir casi cada día, y donde paso sin prisa los últimos momentos de la jornada deteniéndome una hora larga antes de atracar en el hogar de las bajuras. Pienso que es extraño el paso del tiempo en estas alturas domésticas, cotidianas, en lo alto de este territorio de colinas pero aun así cerca todavía de las faldas y los valles. Mientras miro las últimas sombras, me viene la idea de que estas pausas melosas sobre un monte cualquiera han de ser el momento más valioso de cuantos la montaña nos ofrece. Más que el ascenso en sí, más que el descenso, más que el instante mismo en que se pone pie en lo alto por primera vez.

Las cimas de las montañas requieren un tiempo que no solemos darles. En las cumbres más altas, porque la estrechez, el clima y la emoción del logro dejan normalmente poco lugar para la pausa y la calma chicha. En las más bajas como estos cerros, porque la aparente insignificancia de la

conquista parece decirnos que no vale la pena detenerse allí más que en otro lugar cualquiera del camino. Y sin embargo, hay que hacer alto y detenerse arriba, no ya por honrar el lugar, sino más bien para que el montañero se honre a sí mismo, como un ritual que se ha de observar para dar entidad a la aventura.

No creo que nadie deba reclamar una cima si no ha pasado en ella un cierto tiempo, quizás una hora, o una noche entera, o el tiempo que tarda en fumarse un cigarrillo o en pensar en qué desearía que fuera distinto allá abajo cuando descienda. Hace falta tiempo para tomar una cima, porque el relieve no es un enemigo al que pueda vencerse, sino más bien uno al que debe convencerse, ponerle de nuestro lado. Y para ello hace falta dialogar sin prisa, que las victorias nobles nunca se hicieron en cuestión de un instante.

Los momentos más fundamentales de un viaje no son aquellos en que suceden cosas, sino los que delimitan esos periodos en que el viaje en sí tiene lugar. Los inicios y finales de cada tramo, de cada etapa emocional del viaje, son los que lo definen y lo sustentan, y por ello los lugares más importantes en el recuerdo del viajero son a veces aquellos de donde parte o a donde arriba: aeropuertos, estaciones, apeaderos, el quicio de una puerta donde ve por última vez a alguien a quien ha conocido.

Puede pensarse que el mejor viaje, el más intenso, es entonces aquel en el que uno no se detiene, en el que llega y sale de un lugar distinto cada día, pero no es así. Para que esas en-

tradas y salidas tengan fundamento, para darle a esos límites un valor tangible más tarde, hace falta un tiempo de espera en el que van madurando las ideas que lo hacen posible. Abandonar un lugar que no se conoce no tiene significado alguno, pero dejar atrás algo que se empieza a descubrir y que ya nos ha posado dentro una pequeña capa de su limo, esa es la experiencia que define un viaje.

Las cimas de las montañas juegan este mismo papel, el de darle significado al hecho de subirlas y bajarlas, que de otro modo resultaría mucho más estéril. Y hay que detenerse arriba de la montaña tanto como uno pueda, para que cambie algo dentro, y para que coronarla y abandonarla después sean así algo más que meros tránsitos.

Tal vez sea por eso que hoy me llaman estas alturas humildes, porque es en ellas donde resulta más sencillo pararse y cumplir ese ritual del tiempo sosegado, el aire meditabundo al que otras cumbres no invitan de igual modo.

Yo siempre fui de cosas lentas, prolongadas, de leer hasta el final las páginas, de viajar despacio y sin moverme demasiado; me gustó poco pedirle deseos a estrellas fugaces y preferí conjurar mi futuro en estrellas que sé que van a estar ahí cada noche. Quizás tengan estas pequeñas montañas un ritmo más lento, como de gozo temperado, y al caminante con propensión por lo tranquilo le seduzca más su propuesta.

Al final del paisaje, donde empieza la otra cara del mundo, el sol arriba a su puerto nocturno con una dulzura indiferente. Lo observo en la última legua de su trayecto, tras el

puñado de árboles que crecen aquí arriba, abrigado y a salvo en la garita de las frondas. Es la hora en la que empiezan a salir a rondar los habitantes de la noche, con esa seguridad que las pequeñas bestias nocturnas tienen, tranquilas en un escenario en el que el resto de vivos ha de saberse desprotegido y sentir miedo.

Abajo, sobre un estanque de aguas verdosas, el mismo sol es como la piedra lanzada al agua por un crío, que se hunde cuando entra demasiado vertical y que ahora al ocaso, en el angulo correcto, rebota y salta y le arranca a la charca un espejeo crepuscular desde poniente.

A las colinas se sube sobre todo a mirar, a observar ya sea con la mirada o el sentido a veces ofuscado de los adentros. A las colinas se sube para echar un vistazo al mundo, no más. Como cuando de niño uno se asoma por el agujero de una pared, o se sube a la grupa de un amigo o a un árbol para atisbar algo que sucede al otro lado de un muro. Sin su papel de atalaya, las colinas pierden gran parte de su valor.

A las colinas se sube más que otra cosa para mirar al hombre, al hombre que deja su huella sobre la tierra y da cuenta de sus pasiones en los recovecos del campo. El de las colinas es un escenario donde no suele faltar actividad humana, donde a veces apenas hay unos pueblos salpicados, o una carretera que pasa, o unos cultivos, pero donde quien observa desde lo alto encuentra siempre el rastro de otros en quien mirarse. La colina es el lugar idóneo para ver discurrir la vida en la que nos afanamos, para mirarla como si no fuéramos parte

de ella, de esas costumbres, de esas sociedades que allá abajo van destejiendo su día a día ante nosotros. A las colinas se sube, digámoslo así, para mirar y comprender qué significa ser esto que venimos siendo.

Diría que he perdido la cuenta de las veces que he subido a esta colina, pero no sería cierto. No he perdido la cuenta porque nunca la tuve, nunca anoté las ocasiones en que vine hasta aquí. Simplemente subí y me detuve a observar como ahora, una y otra vez, arañándole una pequeña parcela de territorio al paisaje en cada jornada. He mirado esta misma vista ya muchos días: las curvas un tanto monótonas, las neblinas, las sombras. Pero es todavía mucho lo que me queda por descubrir desde aquí arriba. Lo que se alcanza a ver desde una colina basta para ocupar toda la vida de un hombre, tal vez más aún.

Thoreau escribió que «hay una especie de armonía aún por descubrir entre las posibilidades del paisaje en un radio de quince kilómetros, o sea, dentro de los límites de un paseo vespertino, y los setenta años de vida humana. Uno nunca llegará a conocerla a fondo». Esa distancia y ese paisaje son más o menos lo que uno abarca desde un promontorio como este, sin demasiada altura, sin otros montes cercanos y altos que le roben el disfrute de las lejanías. Y esa vista es, igual que la vida, suficiente para que siempre quede un rincón en el que tengamos algo nuevo que descubrir.

Y si se llega a conocer todo lo que la mirada alcanza, siempre se puede empezar entonces a estudiar lo que vive en la otra cara del horizonte.

—¿Ves aquel árbol más alto al fondo? —me dice un amigo con quien he subido hoy hasta aquí—. Al otro lado está el pueblo donde nació mi padre. Y, ¿ves el deposito de agua en aquella colina? Por detrás pasa el camino por donde fuimos el otro día.

Y así continúa, barriendo el horizonte, explicándome qué es lo que queda en cada dirección en la que puede mirarse. Y mientras lo hace, yo pienso que, a pesar de todas las veces que he estado aquí arriba, tal vez incluso más que él, no conozco ninguna de esas direcciones que ahora me señala ni me son familiares esos hitos que ha ido contando: el árbol de más porte, el deposito de agua, una vaguada apenas perceptible, un pequeño rincón donde parecen faltar árboles y el horizonte es una especie de sonrisa mellada. Mis referencias en este paisaje son distintas, porque cada cual elige las suyas, y los mapas que uno traza son siempre diferentes y esconden verdades paralelas.

Los paisajes conocidos no tienen norte ni sur, y sí en cambio sus propios puntos cardinales por los que uno logra orientarse. Son esos puntos los que se buscan para reconocer el territorio, la cuadrícula de referencia en el mapa sentimental de quien avista algo más que tierra y verdor desde lugares como este. Cuando se señalan en el paisaje esas marcas, se empieza entonces a mirarlo de otra forma distinta, no ya

para saber qué hay allí fuera, sino dónde se encuentra uno mismo.

A las colinas se sube para mirar, para observar desde el anfiteatro de los bagajes, para atisbar con curiosidad sobre los recovecos de uno mismo. Y para encontrar las direcciones en las que vagar en esta vida errabunda que solo en las alturas sabe tomarse un descanso.

La montaña nunca es una cuestión de logros y hazañas. No importa si son bajas o altas, si de escalada compleja o de ascensión amistosa, las montañas no son a fin de cuentas sino un escenario más de las viejas pasiones del hombre, de los mismos pruritos antiguos que unos gustan de poner en prosa, otros en canción y otros sin más atesoran a buen recaudo desde la paz de las alturas o sobre el filo de una arista donde el vacío amplifica tal vez las pocas certezas que se tienen. Y si resultan quizás mejor escenario que otros, no es como lugar de luchas y conquistas, sino más bien como decorado de ideas y reflexiones, de calmas y reposos de esos que necesitan un fondo de cierta profundidad en el que proyectarse.

Esto lo supe a ciencia cierta un día de verano, hace ya algunos años, desde lo alto mismo de una montaña. Mi padre, que fue montañero de aquella cima más que de ninguna otra, compartía conmigo ese momento y esos paisajes que tenían para él el regusto de lo cercano.

Años atrás, antes de que yo naciera, una mañana de un día de primeros de marzo, mi padre había escalado con sus compañeros de entonces un aguja cercana y vertical, un pilar modesto pero arduo que ahora conmigo, sentado en esta otra cumbre, miraba desde una perspectiva distinta. Cuando bajaron y contaron a otros su escalada, alguien les dijo que aquella fuese tal vez la primera invernal de esa pared, un logro nada exuberante pero logro bien meritorio al fin y al cabo, y supongo que sentirían un cierto orgullo y beberían algo a la salud de aquella hazaña.

Yo conocía aquella historia y la había oído contar en casa alguna vez, más con aire de anécdota que de trofeo, y siempre con capacidad de evocar una punta de nostalgia inevitable. Se la volví a escuchar a mi padre esa mañana, allá arriba, mientras mirábamos las rocas entre algunos otros de sus recuerdos. Y entonces me di cuenta de que el orgullo de aquella mañana de un marzo lejano no era para él el de haber sido el primero, sino por encima de ello el de haber podido disfrutarlo y regresarse después a la vida corriente, el de ese posible trago de después, el de la amistad de aquellos viejos compañeros suyos de cordada, el de todos los otros recuerdos que aquella sierra le traía y que se habían ido formando por igual en las bajuras y los valles. Lo que en realidad supe en aquella cima fue que mi padre tenía muchos motivos de orgullo mayores que cualquier hito que pudiera guardar en su cartilla de alpinista, y que yo mismo, allí mientras los dos compartíamos ese momento, era uno de ellos.

Necesitamos decorados para representar el teatro de nuestras pasiones, y en la soledad de la montaña lucen mejor que en ningún otro lugar los dramas, las comedias o las tragedias que cada uno guarda. Las mismas que nos sirven para acuñar los orgullos, las satisfacciones mayores de la vida que nunca están en las grandes victorias, ni en las primeras ascensiones, ni en los hechos únicos, sino en los gestos de humanidad más básica que aquí entre montañas tienen una épica extraña y reconfortante.

El de las grandes montañas es un escenario grandioso, pomposo a veces, donde venimos a representar las obras de más relumbre. A su lado, las colinas y los cerros son escenarios humildes donde el público queda cerca y el hombre corriente pule su ilusión sobre unas tablas desgastadas pero ciertas; escenarios que, pese a todo, sirven de igual modo para dar vida a nuestros pulsos y nuestros orgullos, y que si uno sabe buscarlo guardan ese mismo halo de relevancia que otros paisajes más gloriosos: las grandes montañas, los desiertos, el corazón profundo de los océanos.

Hoy subo una vez más a esta colina mía donde nunca logré nada y donde no ha de acontecer más suceso que esta rutina, y después de otear el paisaje unos minutos desciendo y la dejo atrás como si nada hubiera sucedido. Me llevo apenas una calma insípida, la brizna de un recuerdo, ese vacío de las ascensiones y conquistas que, al igual que nosotros mismos, no tienen valor ni relevancia alguna, y que tal vez por eso signifiquen tanto.

Mis colinas son bajas y tendidas, y también muy juntas, agolpadas. Andan más o menos secas en el verano, pero reverdecen pronto si algo de lluvia lo permite. También mudan de color cuando los vientos de la tarde desvelan los enveses apocados de las hojas, y vibran cuando el sol les cae ligero en los primeros momentos del ocaso. En los cultivos que a veces pueblan las laderas, el tono es monótono y aburrido, pero a cambio tienen un soniquete dulce si los abanica el viento, ese alborozo crepitante que dan las plantas chicas cuando hacen su rumor de marejada. En lo humano, son colinas de un espíritu rural y labriego, decoradas tal vez con una pátina de resignación y arduas para quien no esté acostumbrado a los silencios de la tierra.

En otros lugares del mundo, crecen sin embargo colinas bien distintas que engendran paisajes que poco tienen que ver con estos. Ahí están las colinas que crecen al abrigo de las

grandes montañas, o las que habitan los relieves planos donde nada les hace sombra. También están las colinas desiertas, azotadas por vientos sin misericordia, y las que albergan bosques espesos que hacen que apenas pueda verse la loma en sí. Hay quizás colinas que nunca han sido visitadas, porque todo pudiera aún ser posible incluso a estas altura de la historia, y están luego las colinas urbanas, los rincones más íntimos de esas ciudades bulliciosas sin mucho más relieve que el de sus edificios. El mundo está lleno de colinas de toda clase que merece la pena explorar, y que suelen pasar sin pena ni gloria por el carnet viajero de casi todos.

Yo arrastro sin más remedio mi espíritu colinero por el mundo. Allá donde caigo, las colinas que encuentro me piden visita y se me agarra en la voluntad un apetito de subirme hasta ellas. En cada lugar que visito, subo cuando puedo sus colinas y observo todo lo posible desde la altura moderada de sus curvas. Sste de las colinas es un turismo siempre espontáneo en el que no se sabe bien de antemano lo que ha de aguardarse, porque nadie cataloga los cerros ni las lomas menores, y en la lista de rincones a ver no tienen cabida los relieves de poca alzada. También puede decirse, si se entiende de otro modo, que esta es una tarea exploradora en la que todo se desconoce y el viaje no tiene otro destino que uno mismo, que es en realidad como debieran de ser todos los viajes de un cierto calado. Las colinas son un buen destino viajero, precisamente porque no son destino alguno.

Hoy escribo desde colinas ajenas, extranjeras. He venido a una tierra que no es la mía pero en la que hay también colinas, algo más altas que las que acostumbro a ver, algo más umbrosas tal vez, pero colinas al fin y al cabo. Desde aquí no se ven montañas en la distancia, y sobre las laderas habitan gentes y costumbres distintas, pero este es un panorama que me resulta desacostumbrado y familiar a partes iguales. Quien acostumbra a encariñarse con sus paisajes tiene después salvoconducto para llegar de igual modo al espinazo emocional de otros paisajes hermanos, le basta reconocer unas pocas cosas comunes para identificar como suyo un territorio que habla tal vez un idioma distinto, pero con el que sabe entenderse sin esfuerzo.

El camino que subo atraviesa un bosque denso, más denso que los que crecen en mis colinas de diario. A la mitad hay una mancha de árboles más claros, de un verde azulado, que desde lejos se ve bajar por la ladera como la lengua de un glaciar y parece con intención de extenderse al alcanzar la base.

Cuando llego arriba y miro hacia lo lejos, la vista del paisaje me lleva de vuelta al hogar de mis colinas, a esas colinas mías que son tan ciertas y ordinarias como la casa en la que vivo o el lugar donde compro el pan, colinas desprovistas de toda sorpresa y que se me han tallado ya en las retinas y en los vericuetos del alma. Aquí o allí, las colinas son ahora, y tal vez vayan a serlo siempre, el escenario natural de mis derrotas.

Sean colinas o altas montañas o bosques o llanuras parcheadas de cultivos o abarrotadas calles de ciudad, buscarse un paisaje en el que dejar nuestras referencias es una necesidad que tenemos desde antiguo. Tenemos un espacio dentro reservado para esa estampa frente a la que se nos achican los pulsos, del mismo modo que guardamos esquinas en los adentros para las personas, los recuerdos o los viejos amores.

Por encima de mí pasa un ave solitaria. Tiene una voz que no reconozco y unos colores de un brillo que conjuga bien con el de estas tierras. Se queda dando vueltas sobre la colina, luciendo ante mí su identidad desconocida, y al hacerlo me recuerda que hoy no subo a estas alturas para descubrir rincones del paisaje o solazar las inquietudes, tampoco para escapar de nada, sino tan solo para enfrentarme a mis nostalgias, a esas que esperan a que uno se sienta forastero para cernirse sobre sus humores. Cuando se aleja volando, creo ver sobre una loma la silueta familiar de un árbol, y me siento por un momento cerca de lo que ahora me falta.

Hay colinas cubiertas de bosques, o de setos salpicados, o de matorrales, o de praderas, o de cultivos que a veces sin pudor alguno trepan hasta la misma cumbre. Hay colinas peladas, coronadas de hierbas resecas o tierras pobres que dejan un baldío cimero que las hace sentirse más montañas, con el hálito mineral de las grandes cimas. Hay colinas uniformes, monótonas, y otras surcadas de sendas o con aire infranqueable, o tal vez no más con el trazo difuso que dejan a su paso las vacas sobre un prado. La de las colinas es la estampa más rica y viva de todos los paisajes, una almazuela de parches vivos, de ocres y verdes, donde caben al mismo tiempo las verdades y los caracteres del llano y la montaña.

De entre todas esas colinas, mis favoritas son estas mías de aquí, colinas de pocos árboles, de arbustos discretos y cultivos y barbechos, colinas donde la vegetación no interfiere en los relieves y los deja asomar para que cuenten su

historia. Confieso que me gusta la naturaleza a veces seca y parca de estas tierras, la fronda rala y el verdor pobre. La encuentro menos cautivadora pero más interesante que la de otros lugares donde la vida parece darse con más alegría y crecen junglas de árboles altos, bosques espesos y todo tipo de animales vocingleros y llamativos. Me gusta esta naturaleza porque no está revestida de misterio alguno y no deja lugar a fantasía, no se presta al retruécano místico. No es más que una naturaleza puramente telúrica y a la vez humana, un conjunto vagamente ordenado de tierra y vegetal donde no hay más aspiración que la de salir adelante.

El hombre se une a estas tierras de un modo sencillo, sin pretensiones, sin magias, solo habitándola y estableciendo un vínculo que es más una amistad cabal que un amor pasional e inconsciente. La simpleza de esta unión me hace valorar de un modo especial estos paisajes, tal vez porque es una filosofía en la que encuentro una forma digna de habitar un lugar y entenderse con él.

Incluso allí donde el verde crece con más vigor, en los sotos y pequeños bosques de frondas copiosas, la vegetación tiene un aspecto derrotado, como disfrutando de una ultima gloria antes de que el cultivo tome su lugar. Como quien lucha sabiendo que no hay nada que hacer y la victoria es imposible. La entereza de esa vegetación derrotada tiene algo de la humildad de los vencidos, algo que la hace digna de un cierto elogio.

Pienso que sobre ningún otro relieve se verían tan bien estos colores y estas tramas. Los contornos de las colinas están hechos para estos tonos, para esta vegetación tímida, casi entrañable, de la que no se ha de esperar milagro alguno. Y si es así, es porque la colina tiene el mismo sentir humano y sin misterio, fácil de asumir para quien no guarda aspiraciones sobrehumanas sino tan solo una visión real y pragmática de lo que el relieve significa para el hombre.

En los días claros, se avistan al fondo de este paisaje las grandes montañas, dejando sobre el lienzo rustico una pincelada distinta, etérea, como la identidad que tienen siempre las altas cumbres. Ponen una nota de misticismo sobre el paisaje frugal y rústico de estos campos, y al lado de ellos parecen relieves trascendentes donde tienen lugar otra clase de sucesos.

La montaña tiene siempre un aire más místico, inasequible no solo en el mero reto físico que implica, sino también en el halo esotérico que acostumbra a envolverlas. En las montañas el hombre ha situado siempre a sus dioses: en lo alto del Olimpo, en el Sinaí, en el Monte Kailash, o en cualquiera de las muchas montañas sagradas que todas las culturas del mundo han ido declarando a lo largo de la historia.

En *Los otros dioses*, Lovecraft escribía lo siguiente:

> En la cima del pico más alto del mundo, habitan los dioses de la tierra, y no soportan que nin-

> gún hombre se jacte de haberlos visto. En otro tiempo, poblaron los picos inferiores, pero los hombres de las llanuras se empeñaron siempre en escalar las laderas de roca y de nieve, empujando a los dioses hacia montañas cada vez más elevadas, hasta hoy, en que solo les queda la última,

Es el hombre el que ha confinado los dioses en su hogar de las montañas. En su empeño por dominar las alturas, ha ido empujándolos hacia nuevas cumbres, y al mismo tiempo se ha empujado a sí mismo a seguir superando sus fronteras, alzándose más alto para conquistar esos otros dioses que guarda dentro, en esas siempre complejas mitologías personales de cada cual. Cuando la montaña no tiene dioses, el hombre la persigue para ser él mismo quien allá arriba se corone como tal, o hace de la montaña en sí misma un poderoso rito pagano.

A diferencia de las montañas, las colinas como estas han sido siempre un relieve terrenal y mundano, de culto escaso, donde tal vez lo que el hombre busque sea un poco de descanso de sus cosmogonías y sus simbolismos. En el equilibrio entre lo humano de la tierra y lo divino de los cielos, las colinas están mucho más cerca de lo primero, le acercan a uno hacia ciertas divinidades, pero nunca más de lo necesario, siempre manteniendo el contacto con lo real y lo tangible. No hay más mística en las colinas que un poco de inspira-

ción y lo que la mirada sensible pueda atisbar en el paisaje; son accidentes del terreno desprovistos de todo elemento sobrenatural.

Quizás porque nunca guardé mucha simpatía por lo espiritual, las colinas me ofrecen un placer más cercano, un bienestar que no se sustenta en ideales o fes de ningún tipo, sino en ese extraño trascendentalismo de las cosas insustanciales, de las rutinas y los hechos comunes. Las colinas pueden entenderse sin creencias ni ritos, y son asequibles por igual en lo físico y en lo espiritual.

Hoy es uno de esos días en que el aire está claro y transparente, y desde arriba de esta colina se distingue el trazo de las montañas allí al fondo. Dan ganas al verlas de lanzarse a esas conquistas, buscar allá el mismo reflejo místico que dejan en la distancia. Pero luego el alma cotidiana, ávida de su calor cercano, le dice a uno que es mejor quedarse, echar tal vez otro rato en este mirador donde la vida es sencilla y guarda más realidad que magia. Y entregarse a la única liturgia que todo hombre comprende, que no es otra que la de sentirse satisfecho de sí mismo.

De noche las colinas son aún más montañas. Cuando no queda más que una luz tenue, la línea de sus horizontes sigue ahí como única referencia del paisaje, y según se pierden la perspectiva y las distancias, parecen verdaderas montañas, lejanas tal vez, desde la que lo más probable es que nadie nos observe. Más aún, la noche convierte todas las cimas en rincones ignotos, en recodos igual de distantes y dificultosos que trazan el límite ahora dudoso del mundo.

Pasar la noche en lo alto de una colina le calma a uno todos los deseos de intentar cualquier otra empresa, tiene un efecto de bálsamo insospechado. Es una gesta banal que sin embargo suele tener sabor de gran acontecimiento, como si hacer noche en esas alturas le diera una notoriedad repentina a la colina y a quien la duerme.

Me he ido haciendo amigo de pasar algunas noches en lo alto de una de estas colinas, como una forma más sólida de

conquistar esa placidez que ofrecen. Cuando tengo ocasión, me alcanzo hasta la cima en un paseo tranquilo al final de la tarde y dejo oscurecerse el paisaje mientras simplemente rebusco en él pequeños símbolos. Las más de las veces, me siento a comer algo y bebo un trago, y después observo la distancia y duermo cuando el sol se ha ido.

Todas estas colinas, que a la luz del día tienen un aire vivo y lleno de actividad, se van adormilando con un urgencia cuando llega la noche, y acaban siendo lugares estáticos donde la sensación de andar perdido y olvidado acaba agarrándome más que en otros rincones. La soledad resulta difícil sobre todo cuando no se la espera.

La soledad nocturna de las colinas es más inquietante que la de las grandes montañas, y quizás también más veraz. Es una soledad menos evidente, porque no está hecha de distancias y barreras, sino de un aislamiento invisible que suele coger de sorpresa a quien se decide a hacer noche en una de ellas. El mundo sigue quedando cerca, todavía al alcance, pero en esa proximidad oscura sigue llegándonos un mensaje solitario, ese de quien se sabe solo frente a sus propios valores. Arriba de las colinas, al anochecer, uno se siente abandonado mientras se sabe suficientemente cerca de otros, y esa soledad sin riegos es la que causa las mayores inquietudes.

Desde la cima de esta colina, a la luz de una luna raquítica y sin brillo, nada me parece ahora demasiado alejado, pero este rincón del mundo se me antoja remoto e inexplorado, por

cuanto resulta improbable cualquier tipo de contacto. Desde el paisaje se asoman algunos puntos de luz, casas pérdidas y pueblos de los alrededores, dejando manchas tímidas de color bronce en el tapiz negro de la madrugada. La única soledad que borran estas luces es la de la mirada, porque para el alma de estas alturas, para ese alma montañera con la que uno se alza hasta aquí en la noche, no tienen más presencia que la luz misma de las estrellas, manifiesta pero distante, e inútilmente visible.

Ahora me echo a dormir antes de que la oscuridad sea completa, sabiendo que en estas cimas el sueño me llega con torpeza. Yo, que siempre fui de un dormir fácil y sin complicaciones, concilio en estas noches un sueño trastabillado que tarda en llegar y prefiere esperar a que haya escuchado todos los sonidos de estas alturas: sonidos de cumbre y sonidos de bosque, sonidos de animales y plantas, de cuestiones ya viejas, de las vísceras de uno mismo en ese enroque solitario que viene a hacerse en las casillas perdidas de este relieve.

Cuando no logro dormir, a veces me incorporo y vuelvo a mirar unos segundos lo poco que en la noche se avista desde aquí arriba, con las mismas luces pacientes allá abajo, alumbrando según imagino las calles de los pueblos vacíos en una labor tan inútil como esta mía de vigía en la madrugada.

Guarda poco misterio la noche por estos rincones. A veces el sonido de las hojas violenta la duermevela, o un animal inquieta con su paso si uno tiene cierta aprensión a lo oscuro, pero estas son noches de momentos pausados y sin congoja.

Abajo, en el fondo del valle, un coche solitario deja un rumor que sube hasta la cima y musita la canción de cuna de estas alturas.

El día comienza siempre temprano en las alturas, incluso en las más modestas, como si en su calidad de vigías los habitantes de toda cima hubieran de estar en pie desde primera hora para escrutar lo que sucede allá abajo.

La luz tiene esta mañana un inesperado sabor de atardecer, con algo de ese tono cremoso de los ocasos, y le da a estos pequeños valles un color húmedo que no parece el de un día de verano. La temperatura tampoco es la que corresponde a estos días: ha refrescado y el aire es casi frío, con una brisa tranquila que deja en la piel sensación de otoño.

Por debajo de la colina pasa un río chico pero tenaz, y sobre él se agarra ahora una especie de niebla muy quieta, abigarrada. Desde aquí parece un mar de nubes que no deja ver el fondo, y le vienen a uno ganas de imaginarse en una montaña más alta, de creerse que tras esa bruma vaporosa aún resta desnivel hasta llegar a las faldas del monte. Con

un poco de imaginación, este día empieza para mí no en lo alto de una colina, sino en una cúspide lejana de alturas mayúsculas, con la sensación de poseer cuanto ahora veo, como un discreto amo y señor de estas tierras.

Si dormir arriba de una montaña nos hace parte de ella, despertar sobre su altura nos hace sabernos más parte de nosotros mismos, confirma de pronto las certezas que guardamos. Es la conquista paralela del espacio y el tiempo, de la cima y del día que comienza, y del que uno se siente regente absoluto al observarlo por vez primera desde su techo. Y en el despertar, al igual que sucede en la noche, las colinas dejan ver con más ahínco su espíritu de montaña, abren los ojos al día con una altivez montañera, y según avanza la jornada se van dejando aplacar hasta ser de nuevo colinas humildes.

El mundo se ve pequeño desde aquí arriba. Parece que no fuera una tarea muy compleja procurarle cuidado. En estas horas del alba, la colina, aun desde su poca altura, da una perspectiva en la que todo allá abajo parece en un letargo plácido y sencillo de velar desde esta atalaya.

Recojo mis cosas y me pongo en marcha de nuevo para empezar un día allí en las bajuras. Porque el día no comienza en realidad cuando el sol asoma tras el horizonte, sino cuando uno mismo desciende desde ese horizonte y vuelve a ponerse bajo los dictados de sus costumbres.

En los sotos del camino por el que bajo crecen zarzas ahora llenas de moras bien maduras, negras y brillantes. Recojo un puñado de ellas y me las como de camino, recogiéndolas

en la mano y metiéndolas en la boca de golpe, igual que recuerdo hacerlo también de niño. Me acuerdo de pronto de un día de verano en que recogí muchas moras después de toda una mañana, guardándolas en un cubo blanco de playa con dibujos de animales. Yo tendría unos ocho años y mi abuela estaba conmigo. Después me las comí a puñados igual que ahora.

No debe haber mejor manera de empezar el día que esta: descendiendo una colina hacía el mundo cotidiano donde habitan los recuerdos más profundos.

Sobre los pliegues de las colinas se abalanzan los últimos óxidos del verano, los calores también últimos, dulces, y sobre el hombre que observa se ciernen los preludios de las soledades anticipadas y las nostalgias futuras del otoño.

He subido a mi colina esta vez por una ladera desacostumbrada, atravesando una franja de barbecho y unos matorrales sin concierto, sin seguir camino alguno, campo a través y haciendo cima por un flanco imprevisto. Cuando se afronta este calvero de la cúspide desde un ángulo nuevo, por un momento parece que se mirase un mundo que no estuvo allí otras veces, una vista que no es la misma y un paisaje que nos observa de otro modo. Supongo que será por esto por lo que a las montañas se intenta subir por una o otra cara, abriendo nuevas vías, buscándole la guardia baja desde ciertos ángulos antes inexplorados; no ya solo por la dificultad en sí o por el reto mayor que supone, sino porque al hacerlo

uno siente que ha conquistado una montaña distinta que nunca antes había logrado doblegar. Esto he aprendido hoy de las montañas subiendo a una colina.

Mirando desde esta dirección en la que llego, el paisaje me parece más terroso, con un aire cobrizo, aunque tal vez no sean más que las rojeces algo irisadas de estas tardes ya finales del verano. Me entretengo en ver cómo vibra el paisaje en la distancia, que por este nuevo costado de la colina guarda un cosquilleo y muy vivo, y rebusco para encontrar alguna casa solitaria camuflada con sus muros de ocre.

Ahora me da por pensar que apenas sé nada en realidad de estas colinas, de estos relieves, ni tampoco de esos pueblos de allá abajo. Casi todos los perfiles del paisaje me son desconocidos, y no soy ni siquiera capaz de decir los nombres de los árboles que crecen en las lomas. Todo este tiempo subiéndolas me ha servido tan solo para hacer crecer las necesidades y los vínculos, para hacer que cada vez necesite más el alzarme hasta aquí arriba y mirar todos los días un bosque, un cultivo, una pradera; detenerme a mirar un soto, a escuchar la marejada de un rumor de hojas; para encontrar ya más difícil estar en lugares que no tengan eso, que no huelan de vez en cuando a esta tierra, lugares donde las siluetas del atardecer no tengan forma de panza nostálgica, de copa de árbol, de bando de aves.

El conocimiento y los vínculos emocionales son verdades que no han de ir siempre parejas, y aunque el saber sirva a veces para apuntalar las pasiones, parece claro que se pue-

de amar algo sin entenderlo, sin siquiera pararse a intentar comprender sus mecanismos. Todo apunta a que son solo esas necesidades y no las sabidurías las que me van creciendo ahora aquí dentro, y se me antojan mucho más complejas de explicar y transmitir que estas. A veces uno está hecho para amar los paisajes y las tierras, pero quizás no para entenderlos.

Lo que escribimos, ya se sabe, habla más de nosotros que de lo que vemos. Es uno mismo, y no cuanto se describe, el que queda en las palabras, adornado si acaso con los colores de aquello que se prosa y la historia que se cuenta. La literatura es la excusa para que uno se relate a sí mismo al amparo de otros personajes y verdades.

Con los paisajes sucede un poco como con las personas. El cuadro que se pinta cuando contamos lo que vemos desde un lugar no habla tanto de esa vista como del lugar en sí, no nos cuenta lo hermoso que es ese panorama, sino lo veraz que es la atalaya desde la que resulta posible observarlo en ese esplendor.

Me he traído hoy a lo alto de la colina una libreta pequeña y un bolígrafo, como hacen los viajeros y los pintores cuando van a un lugar nuevo, para bosquejar lo que desde aquí puede verse y no suele quedar en el recuerdo. Escribo sobre las

curvas y las distancias, las brumas, el brillo del sol que ciega en estas primeras horas, el tejado alicaído de una casa que asoma. Pero la casa no es la casa, ni la hilera de arboles es tal, ni el vaivén cereal del campo es baile alguno cuando lo anoto; son solo pinceladas con las que al final dibujar por igual a este sitio desde el que miro y a mí mismo.

solo quien subió una montaña sabe lo que esta significa, porque es desde ella y no hacia ella a donde debe mirarse. Quien subió una montaña sabe que la imagen de esta no es su silueta recortada y contemplada en la distancia, sino la vista desde allá arriba en la que son las otras montañas las que aparecen. La imagen en la que esa montaña es el centro invisible del mundo. Igual que las imágenes que mejor nos hablan del fotógrafo son aquellas en la que él no aparece, en las que está al otro lado del objetivo. Igual que un hombre solamente se conoce a sí mismo cuando no puede verse, cuando es uno mismo y lo único que puede hacer es mirar al resto del mundo por el ventanal de los párpados.

Lo que escribimos, ya se sabe, no es lo que hubo en torno a nosotros, sino el testimonio de los lugares que nos fue dada la suerte de ocupar un día.

Volviendo al asunto de los horizontes y las líneas, hoy diría que estas colinas tienen una silueta más fiera, como pintada allá en lo profundo con una tinta muy negra. Como de borde mal recortado. Desde lo alto de mi colina, el horizonte parece estar flotando, separado del lienzo azul que no se sabe bien dónde concluye. Unos cuervos alzan su vuelo torpe y ruidoso, y su graznido resuena como un grito profundo, como si retumbara por los roquedos de una cima más alta. Hoy diría que estas colinas son más montañosas que de costumbre.

Hay días en que las colinas quieren ser montañas, o en los que tal vez a quien las sube le apetezca imaginarse que lo son y las hace aparecer con un aire más grandioso y henchido. Hay días en que subir una colina es más que alzarse a un oteadero próximo, se antoja una empresa más fatigosa que al completarse diera derecho a merecer la recompensa de ese

paisaje que se atisba, ese vértigo que no dan las alturas sino las distancias llanas sin límites.

Montañas o colinas, colinas o montañas, poco importa en realidad la talla, incluso en tardes como esta. Lo que de veras importa es subirse de cuando en cuando hasta un lugar así y poder avistar más allá de lo corriente; lo que cuenta es poder viajar a veces en esta vida sobre la proa del barco mientras surca el océano de los días, de las tardes lentas, de las soledades que saben agazaparse dentro de uno y no es fácil desterrarlas.

El aire es claro y el paisaje tiene una textura blanda. Parece como si se hubiera echado una manta coloreada sobre el terreno, una manta lanosa con el estampado mismo de este juego de sembrados y bosques, con el jaspeado de los cultivos y los árboles que van entrando con timidez en el otoño. Hoy las colinas quieren ser montañas, o tal vez siempre lo sean y simplemente en días así resulte más evidente esa reivindicación de su estatura.

Me he subido ahora a una colina más afilada, a la que tiene la cumbre más marcada de todas las que conozco aquí. Desde esta estrechez cimera, disfruto la libertad de las cimas y me da por pensar que no solo ha de ser en las montañas más augustas donde uno pueda sentirse desasido y dueño por completo de su destino. Porque esa libertad grandilocuente de las montañas, ¿qué diferente es de esta de aquí mismo? ¿Acaso no se es igualmente libre en estos pequeños rincones, e incluso allá donde no existen montañas? Será que no sa-

bemos sentirnos libres más que en los escenarios engolados y en las naturalezas más agrestes, y que se nos va olvidando que somos igualmente libres en los instantes simples. Y que no solo en la soledad de lo remoto encuentra el viajero su albedrío, sino también en los encuentros y las comitivas, en las ciudades, en las algarabías y las muchedumbres familiares.

A veces las colinas quieren ser montañas, y a veces los hombres queremos ser algo más que hombres, sentirnos un poco más en posesión de nuestro propio destino. A veces queremos domar la tierra y las distancias, y ver morir el día desde lo alto de una montaña y velarlo con la displicencia con la que se velan las cosas que viven poco, que se van demasiado pronto, y a las que siempre supimos que habríamos de sobrevivir.

Así es esta jornada fugaz que ahora se extingue en el horizonte para regocijo del montañero.

Hablaba hace unos días con un amigo sobre esta querencia mía por las pequeñas colinas y los viajes cercanos, y él me respondía diciéndome que no debía dejar de ir a esas montañas mayores ni a esos destinos más exóticos y distantes, que había aún mucho mundo allá esperándome. Añadía después, como para dar más peso a su argumento, los nombres de algunos de los lugares que él había visitado últimamente, y que suponía que también a mí habrían de interesarme.

No me cabe duda de que disfrutaría cada uno de esos viajes, pero soy de los que piensan que las pasiones como viajar o como subir a una montaña hay que guiarlas a base de lo que uno siente en cada momento, y si apetece más quedarse a la vuelta de la esquina mirando un vulgar panorama que marcharse a ser testigo de una belleza exótica, es menester de-

jar para más tarde, o tal vez para nunca, esa tarea más amplia que a día de hoy no nos estimula como debiera.

Piensa este amigo mío que debo aprovechar ahora que puedo, antes de que las obligaciones, la edad, o cualquier otro cambio en mi vida me impidan acometer la empresa de subir montañas o viajar lejos, y no esperar a cuando tal vez no disponga de tiempo o valor para ello, quedándome entonces tan solo con el deseo ya imposible de cumplir y el arrepentimiento de no haberlo hecho antes.

No es la primera vez que oigo estas palabras. La mayoría de gente piensa que un hombre joven debe viajar siempre que pueda, que debe lanzarse al mundo por el mero hecho de que su juventud se lo permite, y cuanto más lejano e inaccesible sea su destino, mejor estará aprovechando la oportunidad que, en forma de salud y libertad, la vida le brinda para conocer mundo. A mí esta me parece una teoría ridícula, porque pienso que uno ha de viajar cuando y a donde le venga en gana, y sobre todo porque olvida que el hecho más inevitable de los lugares que visitamos es que cambian a cada instante y nunca vuelven a ser los mismos. Cualquier sitio al que llegas era distinto ayer y será distinto mañana, y si dejas pasar el tiempo suficiente es probable que ni siquiera llegues a reconocerlo.

Ese lugar inhóspito, remoto, al que sin embargo puedo todavía llegarme, o esa montaña más dificultosa, es probable que dentro de un par de décadas queden ambas fuera de mi alcance. Pero lo que es seguro es que este enclave desde el que

escribo o ese pequeño pueblo a unos kilómetros de aquí que fui a visitar hace unos días, ambos van a ser ya imposibles de alcanzar, porque no serán los mismos. Y aunque sí que pueda ir hasta ellos, la verdad que habrá de esperarme será bien distinta de la que hoy encuentro.

Dentro de esos años seguirán estando los grandes edificios, los caminos y carreteras, probablemente los bosques y los animales y los atardeceres de postal y las sombras. Estarán las rocas y los castillos y palacios de otrora, los colores del cielo, los horizontes. Pero faltarán los hombres y mujeres que recorren esos caminos, la forma en que hoy día miran esos paisajes, el saludo que se ofrecen al cruzarse a la vuelta de una esquina. Faltarán ese queso que se vende en la pequeña tienda y el hombre de rostro aniñado que sonríe al despacharlo y cobra tres euros la pieza. No estarán los mismos olores ni las mismas risas, y las abuelas tendrán historias distintas que contar a sus nietos. Será diferente la jerga de los adolescentes que salen de la escuela. Faltarán, en definitiva, esas cosas que realmente valen la pena en un viaje, la parte humana de una verdad en la que a través de los años solo perdura lo inerte, aquello que no causa nostalgia ni desasosiego. Y será así también con la forma en que se sube las montañas, con el espíritu mismo de los montañeros, ya sea que suban grandes picos o pequeñas colinas.

Quizás por esto el arrepentimiento de llegar tarde a un lugar sea más doloroso que el de no poder llegar ya nunca, porque es un sucedáneo amargo que acentúa aún más si

cabe la sensación de malgastar el tiempo, de haber alcanzado solamente esa mitad de las cosas que no nos hace temblar el alma.

Mis deseos viajeros están hoy día más poblados de tiempos que de lugares. No me faltan destinos que quiero visitar, pero son muchos más, o al menos más intensos, los lugares que ya conozco y que quisiera poder disfrutar en un momento pasado. Me contento con leer acerca de ellos, y es este uno de los pocos casos en que la experiencia de otros alcanza a sanar mi propio deseo viajero, quizás porque se trata de un imposible tan evidente, de una derrota tan irrevocable, que creo que no tiene sentido alguno afligirse por ello.

Me queda el consuelo de pensar que, si bien ese pasado ya está fuera de mi alcance, este mismo presente que veo y sobre el que escribo va a quedar muy pronto inaccesible de igual modo, y serán otros los que entonces añoren venir a este ahora que yo disfruto. Y seré yo quien atesore la verdad de hoy que entonces será remota y exótica, no necesariamente atractiva pero siempre extranjera.

Hay un orgullo obvio en ser el primero en ver algo, en hollar una cima o en cruzar alguna frontera que otros no han franqueado antes. Pero a estas alturas de la historia, no quedan ya muchas cosas nuevas por hacer. Los retos hay que buscarlos más allá del propio viaje, porque ya apenas hay lugar para descubridores ni buscadores de lo inexplorado.

Sin embargo, un viajero puede perseguir la meta opuesta, la de encontrar sitios que dejan de ser lo que fueron y visi-

tarlos no para ser el que los contempla por primera vez, sino el último que puede atestiguarlos. No para dar comienzo a la historia, sino para concluirla. Quizás sea por esto que nos gusta exagerar cuánto cambian las cosas que hemos conocido, porque así afianzamos lo que sabíamos de aquel entonces que no es tal y tenemos al menos el consuelo de haber visto algo que creemos ya extinto, algo así como ese orgullo que dicen que se ha de tener en las derrotas.

Incluso si los lugares no cambiaran y fueran siempre iguales, sigo sin verle mucho sentido a esa máxima de aprovechar la juventud y no esperar a que sea supuestamente tarde. Parece que no existe otra actividad en la que la vejez nos cause más miedo que en el viajar, que para ninguna otra tarea la edad nos incapacite de tal modo, cuando la realidad es que hay muchas otras cosas en las que resulta más urgente aplicarse cuando aún se es joven.

Quizás algún día pueda arrepentirme de todo esto, de alcanzar un momento en que no pueda ya lanzarme a la aventura ni subir montañas y darme cuenta de que tuve destinos y retos a mi alcance que tal vez no eran fáciles entonces, pero que ahora son por completo inasequibles. No es este un arrepentimiento desdeñable, pero tampoco lo ha de ser el opuesto, el de atesorar destinos como conquistas y descubrir que el tiempo que uno empleó en ello prefería haberlo gastado en otra cosa; el arrepentimiento de haber llegado lejos, quizás donde nadie antes había llegado, y cuando ya es tarde pensar que se echan de menos no las grandes hazañas,

sino las pequeñas victorias de cada día. Esas que también necesitan un tiempo y una dedicación de los que ya no se dispone.

No hay momento mejor para viajar a un sitio que el ahora, con independencia de si nos separa de él un breve paseo o un periplo de semanas, y sin importar lo simple o costoso que resulte alcanzarlo. Y no hay tampoco un orden mejor que otro para ver el mundo, ni una lista de lugares prioritarios a tener en cuenta cuando uno se echa a caminar.

Si puedo elegir, prefiero dejar de lado hoy los escenarios distantes y quedarme con esto, con estas colinas, con sus árboles pequeños y sus bosquetes humildes, con los pueblos que crecen en sus faldas, con los caminos que las surcan y en los que no existe más pretensión que la de pasear las nostalgias, con los paisajes recios que esta tierra obsequia. Es esto lo que quiero guardarme hoy, las estampas que no quiero arriesgarme a que me falten mañana en mi álbum de recuerdos. Y sobre las que quiero escribir y escribo, tal vez para tener entonces algo que me devuelva el orgullo de mí mismo, ese que es probable que algún día no dentro de mucho comience a faltarme.

Día de lluvia y viento y niebla sobre las colinas. El cielo más que gris y nublado parece cubierto por una capa de polvo densa sobre la que podría escribirse un nombre o hacer un dibujo con el dedo.

Éstos son mis días favoritos para subir aquí arriba, justo cuando nadie lo hace ni en esta ni en las otras colinas, y cuando la soledad además de silencio tiene un cierto barniz de desamparo. Aún me siento más solo aquí arriba que de costumbre, más incluso que en las noches, y este dialogo entre la colina y el hombre se hace ahora más personal, más directo, como si se hiciera ya sin testigo alguno.

Hay tanto que pensar sobre esta visión de una colina recostada bajo la lluvia. Por ejemplo, quién diría que estas colinas se han hecho a partir de los quebrantos de las tierras y los magmas, que un día fueron montañas y acabaron siendo lo que son ahora después de siglos y siglos de erosión y desgaste.

Más parece que se hubieran moldeado ya en su origen con esta forma, amasada con vigor la tierra, torneada después con cariño y cocida por fin en el infalible horno de los días soleados. Que se les dio sin más esa línea suave, el perfil de curva dulce que se le da a las ánforas, a los laudes, a la hoja templada de una navaja. Hay un algo artesano en el cuerpo de las colinas, un algo paciente y laborioso. Una colina es una montaña hecha con más mimo, sin asperezas, el producto de una mano experta en los equilibrios de la mirada y el anhelo.

Día de lluvia y viento y niebla sobre las colinas, y también abajo, porque aquí la altura es poca y nada de este tiempo cambia, y el regreso a las bajuras es acogedor no porque nos ponga a salvo de una temperie violenta, sino porque resguarda las certidumbres que allá arriba fuimos poniendo en duda.

El cielo sigue con su aspecto cenizo y polvoriento. Con mi dedo, trazo la figura de una colina en el horizonte.

Si las colinas se han de subir con el pálpito mismo de las montañas, las montañas deben subirse con la despreocupación de las colinas.

Debió haber un tiempo en el que las montañas se subían como se suben hoy las alturas más breves: por el mero hecho de hacerlo. Se coronaban las pendientes sencillas y se dejaban de lado los escarpes más arriesgados, donde no valía la pena jugarse el tipo, y raro era quien iba a medir los interrogantes de su vida sobre las paredes más difíciles.

Ya no es así como se suben los picos altos o los roquedos que llaman la atención desde sus distancias; la conquista de la montaña no es ya esa experiencia sin objetivos y sin rédito alguno en su sustrato. El montañero no es ya más ese «conquistador de lo inútil», porque la montaña en sí, cuando uno alcanza a domeñarla, tiene un valor práctico, útil, obsequia una recompensa cierta y casi tangible.

No se es ya tan soñador como antaño cuando se añade en el zurrón de logros una nueva altura, y la verdadera inutilidad de las cimas requiere demasiado idealismo para ser completa. O tal vez, por el contrario, se sea demasiado idealista, demasiado bohemio, y se le dé a la montaña un valor que no posee.

A las colinas, sin embargo, se sigue subiendo por poco más que el placer de caminar sobre sus laderas. El ascenso a una colina se hace sin objetivo y sin hito alguno en el camino, del modo en que se dobla una esquina o se cruza un arroyo, elementos que sirven tan solo para dejarlos atrás y encarar la siguiente legua del viaje. Pero subir así sin más, con indiferencia, a veces puede resultar el más profundo de los homenajes, porque da a la montaña un papel cercano y un lugar en aquello que somos cotidianamente.

Quizás deberíamos volver a subir así las montañas, sin epopeya alguna, rutinariamente. Hoy que parece estar de moda reivindicar las costumbres antiguas, es tal vez momento de recuperar esta forma primigenia de hacer montaña, y subir todos los relieves de este mismo modo en que se sigue haciendo en las colinas; esta forma de alcanzar una cima en la que lo importante no es la cima en sí, sino todo cuanto resta de ahí en adelante.

Paseemos las montañas, transitémoslas; olvidémonos de coronarlas, de ascenderlas, de hollar sus cimas; no le demos a la cumbre más importancia que la de ofrecernos la mejor vista y concluir la fatiga del ascenso. Bajemos de la montaña

sin haber logrado nada, con las manos vacías, y que todo lo que podamos contar de nuestra empresa sea un recuento de pasos y piedras.

Los lugares que se aman de veras no son aquellos que uno visita, sino aquellos en que consigue vivir, o al menos instalar por un instante una suerte de hogar en que ejercer sus rutinas. Porque este amor a los paisajes, como todo tipo de amor, es al final algo rutinario hecho de momentos repetidos que van uno tras otro dejándonos allá dentro su poso, y que al cabo del tiempo, sin saber bien el porqué, consiguen soliviantarnos el pozo mismo de las pasiones.

Es así, de este modo, como me he ido enamorando de estas colinas, a fuerza de repetir las rutas sobre las vértebras de estos relieves que no despertaron ni despiertan hoy emoción alguna, ni sorpresa, ni júbilo. Y es así como me gustaría subir ahora las grandes montañas, o aventurarme en los océanos, o emprender viajes a sitios lejanos, y quién sabe si tal vez acabar enamorado también de esos lugares.

La clave para llevar a buen puerto las empresas mayores reside en afrontarlas con humildad, como pequeñas tareas, atacándolas con pulso firme e ilusión pero sin almidonar demasiado los orgullos. Y es probable que el secreto para ascender las montañas esté aquí, en sus hermanas menores, en estas colinas mismas que yo hoy subo.

El hombre debe tener unos sesenta años, es posible que más pero bien llevados, y que estos paseos en los que nos cruzamos contribuyan a esa lozanía que ostenta. Las manos las tiene sin embargo gastadas, casi ancianas, con el rastro evidente que sobre ellas dejan no ya los años, sino el trabajo y el uso intenso; tiene las manos de un agricultor, que ya podrían ser las de un carpintero, o de un marinero, o de un hombre que trabaja el mimbre entre sus palmas. A modo de bastón lleva una vara, que no es tan solo un cayado para apoyarse al caminar, sino la batuta con la que seguro viene orquestando desde siempre todo cuanto hace aquí arriba: andar, guiar los animales mientras los conduce por estos prados, golpear aburrido un matorral para aventar el tiempo lento de los campos.

Le veo algunos días, no demasiado a menudo, cuando coincidimos sobre alguna loma y nos saludamos, y salvo

estos encuentros mis viajes por las colinas son siempre a solas. Todo lo demás es paseo solitario, un mano a mano entre los paisajes y sus nostalgias y yo.

Tiene un pasear lento, más que lento yo diría despreocupado. Habrá subido hasta aquí muchas más veces que yo, conocerá los dobleces de la tierra con mucho más detalle, e incluso puede ser que recuerde un tiempo en que esto era de otra forma, con otro verde o quizás con la vegetación ordenada de un modo distinto. Me gustaría saber qué parte de esta estampa convoca más en su mirada, o qué recuerdos se le agolpan cuando se detiene allí arriba a perder la vista, pero nunca hemos hablado más allá de un saludo y alguna que otra frase intrascendente. Y lo poco que hablamos nunca tiene que ver con estos relieves ni con lo que significa esta costumbre nuestra de coronarlos.

Los montañeros de bajuras somos montañeros a quienes pareciera no importarnos la montaña en sí, esta montaña nuestra que son las colinas, y a la que rara vez damos voz en el recuento de nuestras tribulaciones. Nos falta ese compañerismo de los montañeros de altura, esos que si se cruzan al subir una montaña se saben de inmediato semejantes, y el hecho mismo de estar allí es suficiente para decirles que tienen algo que tal vez debieran compartir.

Al contrario que en las montañas, cuando dos personas se encuentran sobre una colina no hay nada que indique de forma evidente que comparten una misma pasión. La colina es más un medio que un fin, un decorado arbitrario

que un destino buscado. Pero yo sé que este hombre y yo podríamos sentarnos a debatir sobre montañas y colinas, sobre la solitud de las cumbres, sobre libertades y piedras y desniveles; y pienso que me gustaría preguntarle entonces, para confirmar nuestro espíritu común de montañeros, si ha subido también montañas altas y si tiene en estas alzadas menores los mismos comezones del alma que en aquéllas.

Hoy es temprano, más temprano que de costumbre, y en el aire hay una especie de bruma que deja sensación de distancia; se ven las colinas más inmediatas con un punto borroso, como lejanas. Estoy solo aquí arriba, como tantas veces, pensando que en el fondo no deja de ser hermoso tener estos oficios íntimos que no se comparten y que otros guardan para sí del mismo modo, tener pasiones como esta de alzarse sobre las montañas tímidas y chiquitas, y sobre las que no se habla y de las que a nadie le interesa ser partícipe. Pasiones tan simples y cotidianas, tan faltas de grandeza, que ni siquiera tienen nombre. Como una colina.

A las colinas les suele faltar el folclore de las montañas. Todas esas costumbres que allá más arriba son moneda corriente, todos esos ritos de montañeros y refugios y ascensiones tempraneras, todos faltan en la tradición mal provista de las colinas. En la colina no existen tradiciones cotidianas, y quien las sube no está obligado a cumplir ritual alguno más que lo que el instante mismo de llegar arriba le inspire, que suele ser siempre poco y rara vez dispuesto a compartise con otros. El de las colinas es un imaginario escaso, sin mucho bagaje, en el que cada cual hace las cosas a su manera.

Me he propuesto que esta colina mía a la que subo a menudo sea una verdadera montaña, y quiero empezar por darle algo de ese folclore montañero. Por eso, hace unos días me subí hasta aquí con una pala de mano en la mochila, un pequeño tronco al hombro y una caja chica pero recia, y con más ilusión que maña instalé en este rincón uno de esos bu-

zoncitos que pueblan bucólicamente las montañas por todo el mundo: un buzón de cumbre. Ahora mi colina tiene una forma de procurarse el vínculo montañero más romántico, ese de establecer correspondencia con otros desconocidos a quienes, a pesar de la ignorancia mutua, nos une la pasión compartida de las alturas.

No espero que este buzón tenga mucha actividad. Desde que lo puse creo que nadie lo ha visto siquiera, y por supuesto nadie ha dejado nada dentro. Lo más probable es, en realidad, que nadie haya pasado por aquí arriba y esto vaya a seguir así durante mucho tiempo. Por aquí no pasa apenas gente, y esa soledad tan hiriente de estos altos la va a sufrir este pequeño buzón igual que yo mismo cuando vengo y me quedo a contemplar la vista. Por si acaso, he dejado una nota dentro que todavía sigue ahí alicaída, y que a veces yo mismo releo con una inquietud extraña.

En los buzones de montaña uno deja su tarjeta y no suele volver hasta pasado un tiempo, o quizás no vuelve nunca. Si los azares le son propicios y quien la encuentre cumple con el rito, la tarjeta retornará al montañero. Y si no, las más de las veces, alguien al menos le echará un vistazo y la pondrá a mejor recaudo para dejar espacio a otras nuevas misivas. La de dejar noticia de nuestro logro en el buzón de una montaña es una tarea sin esperanza, que se hace con ilusión pero sin aguardar en realidad nada.

En esta colina soy yo mismo quien vuelve casi cada día a revisar mi particular correspondencia y tomarle el pulso a

esta existencia solitaria. Y aunque no guardo ya expectativa alguna de encontrar otro mensaje que el mío, a cada visita y cada vez que miro dentro va creciendo una curiosa sensación de poseer este lugar, la certeza corroborada por esta caja vigía de que este rincón es mío y nadie más parece tener intención de conquistarlo. Esta colina se va haciendo un reducto íntimo y personal, parte de la historia que algún día habré de contar sobre mí mismo, igual que una montaña que uno hubiera logrado subir antes que nadie y la sintiera pertenecerle. Cuando las posesiones son inciertas, necesitamos testigos que nos confirmen lo que es nuestro; cuando atesoramos cosas vagas como un paisaje, el ángulo final de una montaña, el tiempo o la felicidad misma, de las que cuesta creer que seamos dueños.

Tal vez un día venga y deje guardado en el buzón este mismo libro que ahora escribo, que a fin de cuentas no es más que una colección de apuntes escritos al arribar en estas cimas. Para volver a encontrarlo según vuelva y repita el rito de verificar la identidad abandonada de esta parcela. Y aunque las emociones en las colinas ya digo que son algo errático y volátil, esta se me antoja hoy, paradójicamente, una forma sólida de dejar algo de uno mismo, algo que ha de resistir el paso del tiempo mejor que nosotros. Quizás para recuerdo de otros, o quizás tan solo para que el olvido al que inevitablemente estamos condenados nos resulte más tolerable.

Mar de nubes desde lo alto de la colina. Es una vista inesperada, por cuanto aquí rara vez suceden tales visiones, pero al salir de esta niebla fina y llegar arriba, se ve hoy todo cubierto de una pátina perlada y el relieve de las colinas deja de existir por un momento. Tan solo logran vencerlo un árbol alto y sin hojas y un depósito de agua algo más lejos, como únicos símbolos que uno pude usar para calibrar la mirada. El árbol, con un porte más señorial y robusto ahora, más altivo sobre ese nuevo horizonte que dibujan estas nubes bajas. El depósito, gris y frío, con el empaque extraño que tiene las cosas grandes y artificiales en mitad de los paisajes, casi intimidantes, dejando la sensación que uno debe tener cuando encuentra un barco hundido en mitad del mar, porque los artificios desproporcionados dejan todos ellos una inquietud así.

No es en realidad un verdadero mar de nubes, uno de esos algodonosos que tienen sus curvas y sus propias colinas hechas a su vez de otras nubes; es solo una pequeña bruma densa parada allá abajo, de un color liso y sin relieve, nada más. Pero ¿qué importa esto si desde aquí arriba deja la misma sensación de grandiosidad que uno aquellos genuinos tapices blancos? ¿Qué hay de malo en engañarse a uno mismo en estos asuntos nimios de las creencias y las percepciones? Resulta, de hecho, más fácil creer ahora que esto no es una colina sino una montaña, que se está en la lejanía de esas alturas desde las que, al igual que desde aquí, uno no alcanza a ver con detalle aquello sobre lo que domina. Así, de la misma manera ciega y condescendiente en que se ejercía gobierno sobre los grandes imperios, así el montañero vela en silencio el descanso de sus dominios.

Pronto viene el viento a resolver estas ínfulas nuestras, y en unos minutos se lleva la niebla y vuelven a surgir de la tierra las laderas de estas colinas. Y nos recuerdan que no estamos tan altos como creíamos, que no poseemos mucho más que lo que somos capaces de abarcar entre los brazos. Y es bueno, y así ha de ser, porque las grandezas, cuando son fugaces, son también más dignas y hacen al hombre más merecedor de la gloria a la que aspira, cualquiera que esta sea.

Aquello que sientas haber perdido, ve a buscarlo a la montaña. No hay nada como una montaña para emprender la búsqueda de lo que de pronto nos falta, o emprender huida de lo que ahora nos pesa o buscarse un desahogo para las heridas que no tienen ya forma de sanarse. En los momentos en que se necesita un alivio urgente para los adentros, una montaña es un plan de contingencia siempre dispuesto, siempre esperando que uno vaya sobre ella a depositar rabias o llantos o el incierto miedo a las futuras tristezas.

Ahora me da por pensar que, de llegar ese momento, no lo haré en lo alto de una montaña, sino arriba de una colina. Me subiré a un lugar como este de ahora y buscaré lo que se haya de buscar en esos trances, y bajaré después quizás con los mismos odios y amarguras, o tal vez habiendo dejado una parte de ellos en estos altos.

Los lugares desde los que se logra amar el mundo con más intensidad son también los más idóneos cuando de odiarlo se trata, aquellos en los que uno se siente más seguro cuando ha de encararse a la vida frente a frente. A la espera incierta de que algún día ese momento llegue, no encuentro ahora mejor lugar que una de estas colinas para tal desahogo violento y urgente.

Sucede, en realidad, que los hogares que uno encuentra en la distancia, amables pero apartados de donde discurre el tiempo cotidiano, son los mejores lugares para las intimidades desacostumbradas. Es allí a donde se ha de ir para confesar los arrepentimientos y las iras, pero también los secretos ligeros que si uno los guarda acaban lastrando el espíritu a base de acumularse en los adentros.

La montaña es hoy más que nunca un lugar de evasión, el rincón al que el hombre moderno se fuga para dejar sus lastres, ya sean estos ligeros o pesados: las angustias de la semana, los recuerdos incómodos que persisten, las dudas cuando la vida se antoja sin demasiado sentido. Cuando no se sabe muy bien a dónde ir para salvaguardar las certezas que nos quedan, la montaña es un refugio perfecto, sin errores, y esto bien se sabe ya desde antiguo.

Sobre estas alturas de las colinas pueden dejarse de igual modo los desencantos, se puede perseguir una catarsis como la que la montaña más indómita procura, pero tal vez el efecto sanador del paisaje de colinas sea más bien un bienestar rutinario y sin excesos. Quizás la de las colinas no sea

una terapia tan eficaz y directa como la de las montañas; el hombre perseguido por sus fantasmas no se sabe en ellas tan a salvo de todo como lo está cuando anda perdido en la soledad de las grandes cimas, pero son un bálsamo dulce para las pequeñas insidias que nos aquejan en el día a día. La colina es la cura preventiva para esos males del alma que solo puede sanar una montaña.

Ahora, para quitarme las pocas inquietudes que me asedian estos días, escribo estas líneas aquí arriba. Y las mando a navegar por las páginas de un libro, a buen recaudo y sin riesgo de que conspiren ya en mi contra, que los libros, al igual que las montañas, siempre han sido fieles compañeros cuando se trata de librarnos de nuestros demonios.

Una de las experiencias más reveladoras de un viaje es darse cuenta más tarde de que ese lugar sigue vivo en nuestra ausencia, pensar que la vida continúa allá donde estuvimos y a donde tal vez no vayamos ya a regresar. Cuando las emociones del viaje se han templado, comprender que ese lugar es ahora una realidad en la que nada significamos, y que será otro, un alguien extraño, quien lo haga suyo del modo mismo en que lo hicimos nosotros.

Lo más incómodo y perturbador es ser consciente de que esos lugares donde dejamos un momento especial de nuestra historia tienen una rutina que no nos incluye y para la que no resulta tan especial lo que nosotros vivimos. Es algo así, tal vez, como imaginar la vida actual de una antigua pareja a la que perdimos e intentar asimilar la nueva realidad de sus días y sus noches. Hay un punto de resquemor en

esos pensamientos, y también un algo de frustración y de impotencia.

Al viajero le ha de parecer siempre que los destinos de otro tiempo dejan ahora de ser destinos y son nebulosas extrañas, o incluso realidades ya perdidas del mismo modo que se perdió allá atrás en la senda del tiempo ese pasado en el que hizo su viaje. Al viajero, la idea de recordar los lugares en que ha estado tiempo atrás le anticipa esa otra idea mucho más incómoda, la más insidiosa de todas las reflexiones vitales, que no es sino la de pensar en cómo habrá de continuar su curso el universo una vez que uno ya no esté presente.

A veces pienso en las colinas cuando no estoy en ellas, sobre todo en algunos de los recodos de las cimas donde me gusta pararme. Imagino el lugar vacío, porque es así como seguramente esté, y esa soledad me parece aún más desolada que cuando la vivo allí mismo. Abajo, en los campos y en los pequeños bosquetes, en las carreteras que serpentean por lo bajo, pululan las gentes y los vientos y las luces de cada día, pero distintos, tan distintos ahora que no hay nadie observándolos desde allá en lo alto. Entonces tengo deseo de volver a subir a una colina, no ya por el hecho en sí de subirla, sino por recuperar esa verdad que la memoria insiste en proclamar como mía.

Lo bueno de las colinas es que pueden subirse sin dificultad y sin impedimentos, no es necesario preparativo alguno. Basta querer hacerlo y ponerse en marcha, del mismo modo que sucede para tantas otras cosas sencillas pero valiosas en

la vida. Por eso las colinas pueden subirse a menudo, cada día, incluso si no se tiene más que un poco de tiempo. Yo creo que esta es la gran virtud de las colinas como lugar de viaje: la certeza que dejan en el viajero de que tiene una forma simple y asequible de borrar esas inquietudes que asoman al rememorar otras visitas, la tranquilidad de saber que es fácil regresar a ellas y revivir ese momento mismo.

A veces el viaje nos sorprende con un paisaje nuevo y distinto, o con una sensación inesperada a la que cuesta buscarle un lugar en nuestro catalogo de emociones. Otras, sin embargo, el viaje se hace para validar las memorias y buscar la calma que proporciona ver aún vivas nuestras referencias. Para comprobar que en nuestro pequeño rincón del mundo todo sigue tal como lo recordábamos.

Las colinas tienen la altura perfecta para observar el mundo: lo suficientemente elevadas para poder atisbar en la distancia, pero sin quedar demasiado lejos allá arriba. Desde la colina se abarca un espacio amplio pero asumible, de límites que la mirada asimila sin dificultad y que no despiertan la fantasía ni la codicia.

Al llegar a lo alto, me quedo mirando el paisaje que se domina desde aquí, y con un punto de humor, poniendo voz de terrateniente orgulloso, me digo a mí mismo en voz alta:

—Todo lo que ves te pertenece. Hasta donde alcanza la vista.

Luego desciendo y vuelvo a casa, convencido de que son ciertas estas palabras.

Después de cruzar un pequeño soto, el sendero sale a cielo abierto y recorre una banda estrecha de hierba flanqueada por tierras baldías recién trabajadas, de terrones pequeños y aún con las líneas geométricas del arado bien visibles. Enfrente, sobre otra colina, se escucha el sonido de un tractor que surca de un extremo a otro su parcela y hace un ruido de motor viejo y de hierro tintineante. Quizás haya sido ese mismo tractor el que ha roturado el terreno que ahora cruzo, con idéntica paciencia haciendo virar la paleta de los suelos.

Según se alcanza esta parte del recorrido, donde la senda comienza a coger pendiente, bien parecería que se ha llegado a una cierta altura mientras se sube una montaña, a ese límite en que ya la vegetación no crece más allá de algunas hierbas tímidas. A ambos lados, el suelo arado es un curioso abismo al que más vale no asomarse, mejor quedarse confinado en las amistosas hierbas del camino.

La vista de estas tierras desnudas y desiertas es dolorosa y le pone al caminante un punto de rabia en la mirada, y una brazada de empatía por los pequeños bosques y las vegetaciones que aún resisten al borde de esta fuerza implacable que son el campo seco y la mano del hombre. Pero también, por qué negarlo, es una vista con un cierto valor estético, con la lisura de la tierra y su grano tan fino, y con ese morbo extraño de las cosas decadentes, a veces incluso feas, que alcanzan a pesar de todo a provocar una cierta emoción en quien las contempla.

Por alguna razón, reconforta mirar este paisaje ahora, a estas alturas del año, cuando la tierra desnuda ocupa su espacio con más autoridad. Reconforta este contraste de los barbechos y las espesuras, de los verdes y los ocres, de las desolaciones y las vidas.

Más allá, en la distancia, otros campos iguales y otras formas disputan la nostalgia del montañero. Por ejemplo, un baldío igual de seco que estos, pero en el que crece un árbol solitario y orgulloso junto al que las líneas de la labor se desvían con una plasticidad humilde, como asustadas.

Me detengo a observar y a imaginar el retorno de los tiempos en que el cultivo está alto, en que los colores son otros y hay un ondular rítmico cuando sopla el viento. Ajeno a mí, en la colina de enfrente, el viejo tractor sigue con su cantinela, haciendo a esa colina algo más montaña, más cima inhóspita, dándole algo de esa desolación punzante pero cautivadora de las alturas.

Se dice que la amistad sublima la incomodidad de los silencios; junto a un amigo no importa si uno no habla, porque el otro entiende que, aun a falta de conversación, es mucho más que palabras lo que se comparte. Siendo de este modo, cabe preguntarse, ¿qué clase de amistad es la que se guarda con una montaña, con una colina, si al llegar a lo alto lo único que vale la pena es quedarse callado y mirar a lo lejos? ¿De qué está hecho ese vínculo si el montañero y el paraje prefieren observarse el uno al otro, guardar siempre silencio, dialogar dejando que las palabras claudiquen ante la voz de los paisajes?

Se le debe amistad a los relieves que uno transita, poco más tributo piden estos predios que el de dedicarse un cierto apego mutuo.

El de hoy es paisaje triste: la tierra desnuda, el cielo gris, el viento esparciendo sus hebras de desidia. Vine a la colina

para buscar la compañía de estos altos, para sentarme en silencio y mirar a lo lejos, como quien fuera a visitar a un amigo en horas bajas y se sentase a su lado, con una mano en el hombro y sin decir nada. A veces nos hace falta un compañero, pero las más de las veces lo que necesitamos es sabernos nosotros mismos compañeros de alguien. Quizás no haya otra razón para subir a cualquier montaña o colina en un día como este que la de confirmar que aún valemos para sostener las pesadumbres de otro, ayudar a las cimas a soportar la soledad de estos momentos.

A uno le gustaría invocar las colinas en silencio, igual que cuando estuvo allí arriba, como si memorara esos momentos de camaradería entre sí mismo y aquellas alturas. Por eso lo viene a escribir aquí, como en voz baja, para disfrutar de nuevo de esos panoramas callados y de la amistad que representan. Y porque esas escenas de allá arriba son como la literatura misma: silenciosas y hechas de símbolos, pero siempre llenas de significado.

De lo alto de las colinas se regresa siempre, se vuelve al hogar de las bajuras donde uno habita y reposa al cabo del día las inquietudes. No es arriba de las colinas, ni tampoco de las montañas, donde se vive y se deja escrita la voluntad de ser quien somos.

Podemos atarnos a los paisajes como a las personas mismas, y en su recodos singulares destejer los episodios más notables de nuestro tiempo, pero en el balance final, el paisaje, pese a ser el sustrato más fundamental de nuestras nostalgias y orgullos, queda siempre por detrás de quienes lo viven con nosotros, de las gentes que le han dado el aroma con que hoy nos llega.

Déjenme decir algo, ahora aquí sobre la colina y a punto de emprender camino de vuelta hacia allá donde me esperan: el paisaje más hermoso, el rincón más capaz de afectarnos y arremolinarnos las vísceras, nunca será tan hermoso como

un ser cercano. Porque el paisaje no es en realidad sino una manifestación, la más solida tal vez, de las gentes con quienes compartimos una parcela del mundo y de lo que sentimos al hacerlo. Es la gente y no estos relieves, ni estas curvas, ni estos horizontes, ni estos colores, ni las soledades ceremoniosas y puras de las más altas cimas, las que valen la pena en el recuento último.

Conviene recordarse esto a veces, escribirlo incluso para así no incurrir en el sesgo de ciertas melancolías. Conviene que las colinas, y las montañas, y todas las geografías que visitamos, nos recuerden que no son ellas quienes de verdad importan, sino el perfil humano en el que moran. Porque son los paisajes quienes habitan en los hombres y no al contrario.

Desde la colina, a paso lento, regreso a casa, allá donde me esperan.

El otoño no termina de llegar a las colinas. Resisten las hojas en los árboles mas de lo esperado, y los tonos que debieran ser rojizos aún son amarillos y los amarillos todavía verdean. Algunos árboles han perdido la hoja casi por completo, pero otros aún aguantan y se van desnudando muy lentamente.

Al pasear junto a ellos, en estos días de viento, se va notando cómo cambia su voz según pierden follaje. Al principio, tienen el vibrar completo, ese sonido de hojas crepitantes y alborotadas. Luego van perdiendo fuerza y hay más fuelle que crujido. Y muy pronto, cuando un frío repentino acabe por tirar el resto, no quedará más que el puro ulular del viento sonando aflautado entre las ramas secas, sacándole notas a la madera sin hoja alguna que baile a su ritmo.

El paso de los árboles desde la vitalidad del verano a la latencia inerte del invierno es un espectáculo triste para la vista, pero más triste aún para el oído.

Tenía esta tarde el paisaje capas y capas de distancia, como láminas superpuestas, cada una más lejana que la anterior y de un gris más leve. Cada fila de colinas llegaba con su luz distinta, hasta llegar a la última, casi transparente.

Qué lejos queda el fin de los relieves cuando se mira en estas horas últimas. Tiene que llegar un día así, de luz caprichosa, para que nos demos cuenta de lo distante y fugaz que es el horizonte, de lo poco que somos incluso en los confines más inmediatos.

Se ha llevado ya por fin el otoño las últimas hojas. La vista del campo ahora desnudo confirma lo que ya se sabía de otro tiempo: este paisaje tiene la belleza de las cosas completas, de las estampas donde nada se echa en falta. ¿Puede haber acaso panorama más rico que este de las colinas?

Se diría ante esta vista que no falta ni sobra nada. Están todos los ingredientes que hacen un territorio así, mezclados en la justa proporción y con mano diestra. En apenas un par de colinas caben todos los elementos fundacionales del paisaje, como en una de esas ilustraciones didácticas de los libros de texto que explican lo fundamental de la orografía. O como en esas láminas en que aparecen los animales de un cierto hábitat, con un solo ejemplar de cada uno de ellos y todos muy juntos, en una armonía artificiosa pero muy aparente.

Puede verse un bosque de árboles caducos que ahora no son más que ramas, otro de árboles de hoja perenne, un seto, un pie solitario en mitad de una ladera, un cultivo a medio crecer, una parcela en barbecho, un pueblo, una casa aislada, un castillo, una carretera, un río, un valle, un coche, un tractor, un hombre. Pero sucede además que, cuando se siente empatía por un paisaje, a lo físico uno le empieza a añadir sentires, y entonces todas esas piezas traen a su vez emociones que encajar sobre el horizonte. Pueden verse así también desde aquí arriba las alegrías, las tristezas, las esperanzas, el deseo de alguien de regresarse hasta estos confines, los sueños con que se amanece en esas casas, las voces de las tardes, las intrigas, las despedidas, las nostalgias, algún que otro orgullo y también algún fracaso.

Siendo de este modo, es fácil explicar la felicidad que causa presenciar este despliegue: nuestro minúsculo cosmos de las colinas tiene en sí todo cuanto a un hombre puede un día serle necesario.

Me cuenta un amigo que él sueña con tener un barco y viajar, un velero pequeño pero capaz en el que poder probar esa peculiar libertad de los navegantes. Mi amigo no sabe nada de barcos, no es hombre de mar ni conoce las reglas ocultas de los océanos, pero dice que le gusta la perspectiva de la navegación, el reto de esa lucha dulce entre el marinero y las aguas. A mí me suena todo un poco idealista, a fantasía más que a sueño, pero me gusta oír su historia.

Me dice que estuvo hace poco curioseando los precios de los barcos de ocasión, y que un velero modesto no es tan caro como él pensaba, uno con el que podría incluso atravesarse el Atlántico. Pero a él no le interesa esa travesía, no le interesan los grandes retos ni atravesar las nadas oceánicas. Él lo que quiere es recorrer el Mediterráneo, explorar las culturas que se arraciman en los puertos de este mar y arribar uno tras otro a todos ellos. A mi amigo le interesa en realidad el mar

como una vía distinta de comprender lo que sucede en tierra y de llegarse hasta ello, no por lo que el mar en sí significa.

Esta de surcar las colinas bien puede ser una singladura similar a la que mi amigo sueña, subiendo y bajando pero sin demasías, siempre a una distancia manejable de la orilla. Estas colinas son como puertos de un mar tranquilo, un mar hecho más de gentes que de soledades, y sustento más de ilusiones cotidianas que de retos inalcanzables. Estos perfiles son tal vez solo un oleaje amistoso, marejadas tibias en el escenario de un sosiego marítimo por el que dejarse arrastrar sin preocupaciones.

¿Y si acaso mi sueño viajero no fuera otro sino este? ¿Y si no fuera surcar los océanos o conquistar cimas imposibles, sino llegar a conocer con detalle estas mismas colinas? ¿Es que alguien dijo que los sueños no pueden ser aquello que uno tiene cada día sin imposibles ni quimeras?

Aquí en lo alto de la colina sopla hoy un viento fuerte, de esos buenos para hinchar las velas y echarse a hacer distancia. Un viento favorable para alejarse, para salir a perseguir sueños allá en la distancia, si es que acaso uno así lo desea.

A primera hora de la mañana, apenas con esa luz con la que el sol va anunciado su entrada a puerto, la comitiva se ha instalado al borde del río. Eran tres hombres, ropa de pescador y saludo campechano, con el aire somnoliento de quien cumple un oficio madrugador y prepara la voluntad para el resto de la jornada. Cada cual llevaba su silla, sus aparejos, su dosis necesaria de paciencia, mientras el río seguía bajando junto a ellos ajeno a su papel fundamental en esta empresa.

Estaban allí, recién llegados, cuando he pasado en un paseo tempranero, también para aprovechar esas primeras horas que ahora traen un frío rejuvenecedor. Me han dedicado una sonrisa y han seguido a lo suyo, que todavía quedaban cosas por preparar antes de poder sentarse caña en mano.

No he tardado mucho en llegar a lo alto de la colina, desde donde se veía la hendidura del río, apenas riachuelo, y la

mancha de la pequeña chopera, ahora casi sin hojas, donde los hombres habían instalado su campamento. He hecho mi pausa como de costumbre en las alturas, una vez más esperando encontrar en la estampa de esta atalaya algún símbolo desacostumbrado con que entretener los pesares, y he pensado que esta tarea tiene mucho en común con la de aquellos pescadores allá abajo.

Al viento de la mañana se lanza la mirada como un sedal a la espera de un poco de fortuna, y se espera paciente a que con suerte pique una idea, un pensamiento, un recuerdo, o tal vez el destello de una luz repentina o un agitar de frondas en la distancia. Y mientras se espera, uno va moliendo lo que guarda y soltando los lastres, y las emociones de la espera son en realidad lo que uno vino a buscar, no es otro el premio que se espera.

Por eso a veces, no es extraño que así suceda, la vista se hace monótona, vacía, y el tiempo allá arriba no da fruto alguno, pero nada le importa al montañero, que vuelve como si todo lo hubiera visto desde su oteadero. El montañero, como el pescador, puede abandonar la montaña con la cesta vacía y aun así dar por exitosa la jornada a su manera. Porque al menos se traerá siempre de vuelta una reflexión, unas ideas enmarañadas que van retumbando en el camino, una historia de otra ascensión más que al llegar a casa podrá poner en un papel para sentirse en paz.

Prometimos volver. Dejamos dicho en la cima que regresaríamos algún día, uno cercano a ser posible. Prometimos subir de nuevo a la colina porque así se hace siempre en realidad cuando uno deja atrás una montaña, hay un acuerdo tácito de acudir de nuevo. El montañero es un viajero con una particular querencia por los regresos, eso es un hecho.

De nada sirve subir una montaña una sola vez. Pocas cosas cambian menos que una montaña, y sin embargo pocos lugares exigen como las montañas que repitamos nuestras visitas, porque de otro modo la experiencia es apenas una anécdota con muchos visos de olvido. El montañero es de naturaleza insistente, terco en las pasiones y los arrebatos, esto también se sabe.

Los lugares así, constantes, se han de retomar una y otra vez, no ya en busca de algo novedoso, sino de un contraste nuevo entre esa verdad a la que regresamos y aquello que

ahora venimos siendo. Porque necesitamos referencias con las que calibrar hacia dónde vamos, la forma en que maduramos, la validez de nuestras decisiones, o si merecieron la pena los llantos que pasamos.

Prometimos volver y hoy lo hacemos, igual que entonces mirando desde aquí arriba como si no hubiera de abandonarse nunca esta vista. Recordamos que entonces era un momento distinto, al final de la tarde, primavera, con el aire más claro que hoy y más espacio allá en la distancia. Jugamos así a esos contrastes con los que el recuerdo cobra un valor más cierto, y a las comparaciones que nos explican esta pequeña parte de nuestra historia y desagravian los sesgos de aquel entonces. Somos felices como en aquel día, pero también la felicidad se presta a comparase, porque nada reconforta más que descubrir que ahora uno sabe ser más feliz que en otro tiempo, no hay aprendizaje del que uno se sienta más orgulloso. ¿Y qué mejor lugar que este de las colinas para baremar las alegrías?

Sobre nuestra colina, cuando partimos, queda un nuevo compromiso de vuelta que no pronunciamos, y tal vez también, aunque ligera, una nueva muesca en la piel del recuerdo.

Lo mejor de las costumbres sencillas como esta de subirse a las colinas es que uno puede compartirlas siempre que así lo quiera. No es fácil vivir con otros la emoción de alzarse a una cima difícil, quizás incluso nadie de entre nuestros íntimos sería capaz de seguirnos en esa tarea. Hay que conformarse con las fotografías, con los relatos, porque las vivencias extraordinarias dejarían de serlo si pudieramos hacer partícipes de ellas a todos los demás. Pero subir a una colina puede hacerlo cualquiera, es fácil dar a probar a otros aquello mismo en que ponemos nuestras pasiones. Y es esto tal vez lo que las hace grandes.

Un día, sin esperarlo, al subir con un amigo a una colina que él nunca ha visitado y enseñarle tu rincón privado allá arriba, sucede de pronto que es él quien te enseña sin quererlo rincones que tú mismo no conoces, pone atención en detalles que tú pasaste por alto y te descubre que hay

esquinas en las que después de todo este tiempo nunca te habías fijado. Piensas entonces que es la mirada fresca la que obra este pequeño milagro, que a ti la costumbre te borra ya la capacidad de sorprenderte con esos retazos. Pero hubo un tiempo en el que tú eras también un recién llegado, y entonces verías otras cosas llamativas y enseñarías a tu anfitrión de aquel tiempo nuevos recodos y singularidades en las que él mismo no habría recalado antes.

De todo esto, no queda sino deducir que tenemos la mirada y el sentir sesgado, y que no es sino con ayuda de otros que vamos corrigiéndolo y acercándonos a la verdad como una mezcla de lo que vemos entre todos. Y que cuanto más solos estamos, más equivocada e imprecisa es la concepción que tenemos del mundo.

La tarde la pasamos allá arriba, sin hacer nada más que ponderar el canto de las aves y, sobre todo, el silencio que dejan cuando callan o emprenden vuelo. Teníamos el escenario de las colinas para ahondar en todo ello, y así fuimos repasando la lección de estas estampas, los requiebros conocidos a los que es necesario volver a mirar para que no se nos hagan ajenos. Porque los paisajes se aprenden como los idiomas: algunos, de manera espontanea e innata desde que se nace; otros, ya tarde, de un modo académico y más meditado que no logra enraizarlos en la voz de cada cual.

Pudiera ser que los paisajes en sí fueran idiomas y que en todos ellos el mundo nos contase la misma historia, esto es, el significado de andar vivo y darse forma cada día frente a una u otra estampa. Tendríamos así idiomas altisonantes, líricos, con palabras grandilocuentes, como sería la lengua de las montañas, y otros simples, de pocas palabras, sin más

aspiraciones que la de dar un mensaje claro y sencillo, como sucede en las colinas.

La tarde, como digo, la pasamos allá arriba, conversando con estos paisajes a los que hemos aprendido a entender sin equívocos. Luego el día se apagó de una forma un tanto extraña. El cielo tenía en lo alto un color azul profundo y no había ni una mancha de blanco, pero sobre el horizonte se habían posado unas nubes densas, espesas, que formaban un zócalo casi opaco, como derramadas sobre las cumbreras de las últimas colinas. Cuando el sol llegó hasta las nubes, comenzó a sumergirse tras ellas y el atardecer fue allí, sobre esas nubes en lugar de sobre el horizonte, y la luz última de la tarde tuvo unos tintes diferentes.

Las colinas se quedaron con un aire de decepción, afligidas por haber perdido en el último momento ese gozo suyo del atardecer y tener que esperar hasta mañana para abrazarse a los resoles tibios del ocaso. Daba algo de congoja observarlas, con la silueta pedigüeña y el tono gris que quedaba en el aire.

Mientras volvíamos, comenzaron a encenderse en los pueblos las farolas de sus calles, con su luz anaranjada como de pequeñas lumbres que lanzaran guiños desde la distancia. Se podría contar mucho de estos pueblos y de la forma en que habitan estas colinas. Porque, al contrario que los pueblos de montaña, también recoletos pero siempre a la sombra de aquéllas, los pueblos de las colinas se suben sobre estas, a veces solo un poco, con timidez, otras con total desvergüenza hasta la misma cima. Los pueblos de las colinas las habitan

y las colonizan, se les suben a la chepa como niños sobre la grupa de un padre que juega con ellos, tal es su relación con estos relieves.

Estuvimos hablando de los pueblos, de las gentes, de lo que significa vivir aquí o en otros lugares, ya sea cerca o lejos de las montañas. Y hablamos también de las montañas, porque arriba de una colina se piensa y se discute muy a menudo sobre montañas, sobre todo si estas pueden avistarse allá en la distancia.

Llegamos a casa y encendimos el fuego. Y volvimos a mirar allí en las llamas otro atardecer impostado, otro sucedáneo falso del ocaso con su colores encarnados y sus melancolías.

No es cierto que en las montañas viva el riesgo y en las colinas la templanza, que unas gusten a quien tiene más arrojo y otras a quien prefiere las rutinas sin sobresaltos. No es cierto que en las grandes alturas, incluso en aquellas donde buscamos retos y dificultades, uno sienta ante el poder de la montaña más miedo que el que pueda sentir sobre una colina. Miedo se siente en cualquier lugar, no hace falta exponerse al vacío. A fin de cuentas, ¿en qué lugar está uno a salvo de las grandes tragedias? ¿Acaso no llega el dolor a todos los rincones a los que podemos alcanzarnos? Quizás se corra incluso menos riesgo escalando una montaña que quedándose lejos de ella. En la vida no se busca sentir emociones y miedos, más bien se buscan o dejan de buscar los lugares en que uno se sabe a salvo de estos.

El riesgo de las montañas es el riesgo de ellas mismas, el de subirlas, el de enfrentarse a sus cimas; el miedo es el miedo

a lo que la propia montaña pueda hacernos. En las colinas es bien distinto, es a uno mismo a quien se teme, a lo que se tiene y se puede perder; no hay más riesgo que el de ser quien somos, y a lo que subimos no es a encontrar los peligros, sino a confirmar que existen allá abajo y no podemos dejarlos atrás.

Algún día estuve arriba de una montaña y me puse a prueba, escogí el camino difícil, se pudiera decir acaso que tenté la suerte. Alguna vez, quiero decir, uno fue irresponsable o al menos tuvo sus dudas, le pareció que no debería andar entonces por aquellas alturas. Pero ahora estoy en la seguridad de una colina y son otros los vértigos y otras las incertidumbres; me pongo a pensar en lo lejano que es todo y tengo miedo, y más aún si pienso en lo difícil que es volver a recuperar la cercanía cuando uno la pierde, en lo mucho que nos separa siempre de todo lo que en cada momento deseamos.

Sucede que, enfrentados al peligro, como en esas montañas donde el montañero ha de jugarse frente al azar las certidumbres, nos aproximamos un poco a la muerte, lo justo para atisbar al otro lado, y aquello que vemos es lo que nos inquieta y nos hace ver después el mundo de otro modo. Y sucede que en la calma chicha, en la seguridad plácida tal y como la obsequian las colinas, no es la muerte, sino la vida, quien viene a soliviantarnos las certezas; la vida que se nos muestra como la soñamos, henchida, rebosante, hermosa. Y entonces, de pronto, para que sintamos miedo, nos susurra al oído que todo esto bien pudiera acabarse hoy mismo.

Fue el guía de montaña Armand Charlet quien, hablando acerca de la ascensión a la pared norte de las Grandes Jorasses, dijo aquello de «ce n'est plus de l'alpinisme, c'est de la guerre». Ya no se trata de alpinismo, es la guerra. Eran tiempos en los que, ciertamente, los alpinistas se enfrentaban a las paredes como en una contienda a fuego abierto, y en los que el riesgo de que tan particular enemigo les quitara la vida era más o menos el mismo que lanzándose a un frente real de batalla empuñando una bayoneta en lugar de un piolet. Quien en aquellos tiempos conseguía hacer cima en una de esas grandes montañas sentiría, a buen seguro, el júbilo mismo de haber ganado una guerra, si bien una extraña en la que el otro bando no es derrotado y en la que se lucha no por ganar algo sino por vencerse uno a sí mismo.

Las guerras de verdad, no las del alpinismo, suceden no obstante rara vez en la montaña. Porque las guerras que son tales, las que se luchan con pasión y empeño pero también con odio, las que dejan muertos en ambos frentes, esas guerras donde se libran es sobre todo en las colinas.

La colina es el rincón más estratégico del paisaje. Estas atalayas de valor escaso se convierten en piezas clave que deciden el resultado de una lucha, se cobran vidas y mellan siempre los orgullos sin importar el balance final que arrojen. Sobre los cerros se defiende el territorio como desde lo alto de un castillo, y las cimas son almenas y los valles son fosos y la loma misma a la que ahora se llega sin dificultad es una plaza fortificada e inexpugnable.

El lenguaje mismo nos habla de las colinas como escenario de batallas. Cuando se dice que alguien «conquista» una montaña, esa conquista no implica la victoria de ningún bando, ni un contrario a quien le es arrebatada, sino tan solo algo que consigue aquel que la escala, o que en todo caso pudiera entenderse como una victoria del hombre, como un logro que puede a partir de entonces legarse. Pero cuando decimos que uno conquista una colina, entendemos que lo hace frente a otros, que la posesión de la colina cambia a la facción opuesta y hay una lucha de poder en la que no todos pueden salir victoriosos. Las montañas se conquistan, sin importar que no se sea el primero en subirlas; las colinas ya tan solo se reconquistan.

Sobre estas colinas de aquí me consta que se luchó en otro tiempo. Se defendió y se atacó y en este mismo suelo cayeron hombres de los que ya no queda ni el recuerdo. Este gesto tan bucólico de observar a la distancia se hacía entonces no más para localizar al enemigo, y con el miedo y la desesperación tomando el lugar de esta tranquilidad que a mí me invade ahora al hacerlo.

Es extraño pensar en estas colinas tan pacíficas como escenario de batalla alguna. He conocido pocos lugares mejor dispuestos para que los hombres se entiendan, y estoy convencido de que estas alturas domésticas podrían hacer tolerante y comprensivo a cualquiera. Yo traería aquí a mis enemigos para tratar de olvidar nuestros rencores, porque no debe haber mejor forma de hacerlo que sentarse aquí arriba a ver pasar las horas sin hacer nada, es un remedio inmejorable para todas las inquinas y furias que le anden a uno royendo por dentro. Pero sobre estas colinas ahora tan pacificadoras ha pasado la muerte como lo hace también sobre las montañas, a cobrarse igual moneda en quienes perseguían a fin de cuentas un mismo objetivo: llegar a lo alto de un monte.

Yo nunca he sido amigo de esas visiones guerreras de la montaña y el montañismo, quizás porque no he sentido la necesidad de alzarme sobre ellas poniendo en riesgo mis futuros, pero sobre todo porque las montañas siempre me han resultado lugares pacíficos, reductos de una calma donde no tiene cabida lucha alguna, ni siquiera la que se hace contra uno mismo. Arriba de las montañas, al igual que sobre las

colinas, siempre me he sentido a salvo, mucho más a salvo que fuera de ellas. Es quizás un sentimiento extraño para un lugar en el que, aunque puede ser que ya no de la forma descarnada en que se hacía en otros tiempos, una buena parte de gente acostumbra a jugarse el tipo e incluso disfruta de ese riesgo como elemento atractivo de la montaña.

A mí siempre me resultaron demasiado incómodas esas placas que uno encuentra pegadas a la roca allá en el lugar en el que un montañero perdió la vida, a veces en un paso obvio, sin dificultad, donde despiertan una intranquilidad mayor si cabe. esta es probablemente la razón por la que prefiero ahora las colinas, o al menos las montañas fáciles y sin peligros; aquellas donde pueda siempre sentirme más seguro que allá abajo.

Voy a atrincherarme ahora arriba de esta colina y proclamar como mío este panorama de mediodía entre las lomas. Desde aquí veo algunos pueblos no demasiado lejanos, los hombres que trabajan el campo, los coches que recorren las carreteras tapadas a ratos por hileras de plátanos. Quiero reivindicar esta paz de las colinas, invitar a todas esas gentes a que suban y sepamos que este paisaje nos pertenece por igual y sin contiendas. Qué sensación de posesión más hermosa ofrece esta cima, en la que uno siente dominar la tierra que se extiende a sus pies pero sin perjuicio de nadie, y en la que se es señor de un paisaje que otros pueden dominar de igual modo que nosotros.

Ahora que la historia parece habernos ya enseñado que no vale la pena batirse innecesariamente, quizás sea buen momento para hacer de las colinas lugares más plurales. O, al menos, en la soledad de estos altos, pararse a pensar en lo hermoso que resulta compartir los lugares en lugar de disputarlos.

No me pidan que ahora abandone esta colina. No me pidan que me marche tan solo porque amenace lluvia o se esté haciendo ya tarde, así de pronto, en el momento de más nostalgia del ocaso, cuando se saben más indefensos ante el hastío estos confines del mundo.

Dejar atrás una montaña tiene siempre algo de traición. Uno se da la vuelta y mira lo que abandona, y la culpa encuentra siempre un resquicio por el que alcanzarle para decirle que quizás debiera haberse quedado allí haciendo guardia. Los lugares solitarios parecen a veces inquietantes cuando se alcanzan y siempre vulnerables cuando se dejan; se tiñen de un aire frágil, desnutrido.

Dejar atrás una montaña es a menudo una renuncia que reverbera incómoda en la moral del viajero, porque sucede que uno se vincula a los paisajes y le sobreviene al dejarlos una voluntad maternal y una especie de arrepentimiento. Y

en estas colinas, que son lugares solitarios a los que parece que ya no volverá nadie, marcharse en ciertos momentos se antoja gesto cobarde.

Del mismo modo que hay un momento para llegar a cada lugar, lo hay también para partir. Sucede así con las ciudades, con las orillas del mar, con las montañas y tambien con las colinas. Sobre todo con las colinas. Al viajero se le enseña cuándo es mejor llegar a ver algo, la época idónea para visitar un destino, pero nadie le explica cuándo es mejor emprender regreso, a qué hora del día, en qué jornada, dónde está la puerta trasera por la que se sale sin ser visto.

Los viajeros, o los que se echan a andar hacia lo alto de una colina, que ya digo que viene a ser lo mismo, son animales migratorios que recalan en un destino porque es allí donde ahora han de estar, pero que llegado el momento habrán de dejarlo y volver a allá de donde partieron. Y ese instante de abandonar un lugar es tan relevante como el de llegar hasta él, y si el viajero no respeta las dinámicas y los ciclos de su andadura, acaba dejando partes de sí que no debiera y se le enzarzan en la memoria recuerdos que sería mejor no persistir.

Dejar atrás una colina es asunto sentimental y nunca bienvenido. A estas horas de la tarde, apáticas, apesadrumbradas, alejarse de estas alturas instiga el decoro del montañero. A mí las colinas siempre me han parecido frágiles, las piezas tal vez más inocentes y vulnerables del horizonte. Y alejarse

de ellas en ciertos momentos me incomoda y me hace sentir una especie de melancolía culposa.

Con los paisajes se puede sentir la misma empatía que con los hombres. El paisaje puede hacernos sentir cariño, odio, piedad, vergüenza. Y cada cual, como sucede en todo asunto que atañe a las entrañas, siente los paisajes a su propia manera.

En la montaña, la pregunta fundamental siempre ha sido el porqué de la ascensión. ¿Por qué subirse a lo alto de una montaña? ¿Por qué empeñarse en alcanzar la cima? El montañero se acostumbra pronto no solo a responder a esta cuestión cuando los demás se la formulan, sino sobre todo a plantearsela a sí mismo y auscultar sus pulsos para encontrar una respuesta que no siempre es sencilla.

En las colinas, la pregunta tal vez debiera ser la contraria: ¿por qué bajarse de lo alto de una colina? O quizas no *por qué* sino más bien *cuándo*, en qué instante decidir que es mejor dejarla que quedarse allí un poco más. Se está tan bien en lo alto de una colina. ¿Cómo decidir cuándo vale más la pena alejarse que seguir disfrutando de ella? Sospecho que para esta pregunta las respuestas habrán de ser siempre más esquivas, o al menos no tan convincentes.

La tarde está cayendo sobre las colinas. Por las laderas bajan los últimos lametazos de una luz que va poco a poco languideciendo. A falta de ríos, hacia aguas abajo de estas colinas se escurren las sombras y los pesares, las oscuridades que ahora van conquistando la tierra con mano izquierda.

Voy a quedarme un poco más aquí arriba, al menos hasta que empiece a llegar la noche. Hasta que esta colina empiece a dormirse y pueda dejarla reposar a salvo de sus fantasmas. Entonces volveré a casa y dejaré el lugar a solas. Hasta entonces, no me pidan que abandone esta colina.

Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña. Pero a veces no es necesario ir a ningún lado, basta con buscarse un oteadero y tener un poco de paciencia y todo, incluso las montañas, acaba acercándose. Desde aquí, subido ahora a una colina cualquiera, se sienta uno a mirar hacia el sur y a través de la primera calima del día comienza a intuir el perfil de las montañas. Cuando el sol arriba, va trazando poco a poco los contornos con pulso firme, se empiezan a distinguir los tonos allá a lo lejos. Con el día ya entrado, se ve entonces el relieve, el color de la nieve, allá sobre los picos aún lejanos. Y después, al final de la tarde, en el contraluz del ocaso, la montaña parece estar aquí, bien definida, inspiradora, dispuesta a escuchar lo que queramos contarle. La montaña vino hacia nosotros. Y el profeta que llevamos dentro puede predicar entonces su verdad abiertamente.

El invierno ha llegado a las colinas. Sobre su curvas hay ahora una capa tímida de nieve que desaparecerá en unos días y tal vez no vuelva a verse en lo que queda de estación. En los árboles, la nieve espolvoreada apura el tiempo de una vida aún más efímera.

En estas latitudes, la nieve es un asunto de grandes montañas, de las alturas donde el invierno sabe asentarse con verdadero propósito. Aquí abajo llega no más algunos días, se asoma para clarear el verde de los campos y las lomas, obsequia ese helor insidioso de los lugares templados y da brío a la lumbre que en el resto de días se enciende más por ceremonia que otra cosa. Después se va y deja el color vidriado de las frondas, quizás con algo de escarcha en ciertas mañanas, y el recuerdo de unas escenas bucólicas que no habrán de repetirse muy a menudo y tal vez por ello se sientan de este modo, por lo desacostumbradas y casi exóticas que resultan.

La nieve en las colinas tiene, sin embargo, una prestancia innegable, incluso mayor que la de esas nieves de más altura que perduran y forman el paisaje de montaña en esta parte del año. Sobre las superficies dulces de las colinas, e incluso abajo en el llano cuando lo alcanza, la nieve guarda un aire distinto, más calmo, y al observarla uno piensa que es ahí, lejos de todo relieve, donde en realidad luce todo su esplendor. Acostumbrados a observar una nieve de altas cumbres que se atenaza en los escarpes y cubre las pendientes, las colinas nevadas ofrecen otra visión distinta, con la belleza de una nieve reposada, dulcemente estable.

Si el sol brilla, el paisaje está lleno de detalles ínfimos: los brillos de un pequeño montón o el contraste de algunas hierbas que han conseguido mantenerse erguidas por encima de la nieve. Si el día es oscuro, la nieve devora el escaso relieve, engulle las sombras de los surcos y los montículos, y abajo en la planicie, allana más aún la superficie hasta que el horizonte no es solo una línea, sino una gran franja que casi alcanza hasta uno mismo y puede tocarse.

Hoy subo a estas colinas por primera vez desde que nevó hace unos días. La tarde es de un gris incómodo pero ya no volverá a nevar, si acaso tal vez llueva. Por el camino que sigo, la nieve está fresca, sin huella alguna pero deshecha, y es difícil saber si se camina por la senda o se anda fuera por mitad del campo. La hierba ahora es corta y queda casi toda bajo la nieve, sepultada. Si acaso algunas hierbas más altas o algún arbusto se atreven a asomarse por encima y otear

sobre el blanco con un carácter valiente, explorador. O tal vez tan solo temerario.

Es una nieve blanda, apenas fría, y en las horas tempranas tiene un color de azul ligero. Es también una nieve húmeda, pegajosa, que envuelve las ramas como un musgo y se agarra a los troncos y allá abajo a los aleros de las casas, y se descuelga sin vértigo de cualquier saliente con la plasticidad de un atleta.

Aún habrá de durar esta nieve algunos días, los necesarios al menos para legitimar este invierno que con tanta timidez llega a las colinas. Luego se irá deshaciendo y se oirá en el campo el gorjeo de los arroyuelos que arrastran su deshielo humilde, de las piedras que gotean sin prisa o de los árboles donde aún se deshace un poco de blanco y escurre calmo y moroso, como un almíbar que embriagara los paisajes. Será el rumor con que se despiden las emociones de estos pocos días, algo así como el murmullo que dejan los últimos aplausos de una función.

Y después, cuando la nieve ya no esté, llegarán a este invierno los días de sol, que aquí, más que en ningún otro lugar que yo conozca, son unos días gloriosos en los que se aprende sin esfuerzo a amar los diciembres. En esos días de invierno en que la lluvia remite y el gris deja de instigar al paisaje, las colinas parecen tomarse una revancha bien meditada, casi triunfal. Los perfiles y las líneas del horizonte tienen estos días un soplo de grandeza: el aire toma volumen, las distancias se dilatan, los cielos parecen tensarse, hincharse,

los espacios crecen a la mirada. El paisaje de colinas, con sus hileras de cerros dormidos, cobra una amplitud inesperada que llega de pronto y es incuestionable. Parece como si todo este campo alomado se reivindicara y se abriera de par en par en los días claros, dispuesto a recibir cuanto esa meteorología más dulce pueda traer.

Deshago el camino siguiendo mis mismas huellas, que se han ido marchitando con el resol de la mañana y tienen ahora formas difusas. Aquí en la colina todo es efímero y las cicatrices y las señales no duran apenas. Quizás mañana mi paseo vuelva a ser sobre la tierra mojada, sobre los colores de siempre, menos volátiles, más ciertos.

La nieve ha durado sobre las colinas más de lo esperado. Los días han sido fríos y no ha brillado sol alguno. Hoy sigue la temperatura baja, pero el sol es vivo y brillante, como sediento de cobrarse una venganza esperada. Aprovecho este buen tiempo para subir temprano a la colina y ver amanecer sobre la fina capa de blanco que aún queda.

En estos días de clima desacostumbrado, con un frío más insidioso de lo habitual, es normal que la gente discuta la meteorología y le haga saber a otros lo mucho que detesta estas jornadas de no salir afuera. El derrotado siempre maldice la batalla, y esta circunstancia de tener que quedarse en casa es para algunos una derrota frente al viento y la nieve, frente a la naturaleza que en otros tiempos bonancibles creyeron más amiga.

Entiendo que a la gente le guste pasar todo el año en manga corta, ir a la playa o poder salir de casa sin preocuparse

de coger el abrigo. A mí también me gusta el verano y el buen tiempo y sentarme en el jardín a leer en camiseta. Pero esta luz de invierno desde lo alto de la colina, sobre el campo perlado, serpenteando entre los arboles desnudos y tiritantes, esto no hay buen tiempo que pueda compensarlo. Podría renunciar a todos los veranos que me quedan por delante si cada uno de mis días futuros amaneciera como este.

Hace unos días volví a subir a mi colina de costumbre. Llevaba tiempo sin pasar por esas alturas. Arriba encontré las mismas cosas de siempre, tal vez con aire más cotidiano aún, como de cosas que no sé si habían cambiado o no desde la última vez, pero que era así como esperaba verlas, era ese su estado natural y lógico. La vista sobre las otras lomas, las curvas del paisaje, la forma de los árboles de acompasarse al viento, los sonidos, los vaivenes; todo era predecible y sin sorpresa, tenía una belleza perfectamente rutinaria.

En mi olvidado buzón de cumbre, busqué la respuesta que hasta entonces me fue esquiva, pero seguía sin haber noticias. Allí dentro estaba aún mi nota original, con un papel ya humedecido y ajado que acusaba el paso del tiempo y la falta de compañía.

La portezuela del buzón estaba entreabierta, y junto a mi papel había un montón de pelos y hojas y ramitas a modo de nido aún a medio hacer. Retiré mi nota y me la guardé en el bolsillo, pero no puse nada nuevo, solo dejé el espacio para que el habitante de aquel buzón tuviera más espacio si es que acaso había de volver.

Al fondo, las montañas seguían teniendo su figura altiva como tantos otros días, con el mensaje mismo que siempre cuentan desde la distancia. Entrecerré la puerta del buzón y seguí mi camino, dejando atrás esa colina, esa montaña solitaria y olvidada en cuyo buzón ya tan solo las aves dejan recado.

El montañero esconde siempre un alma pirata, porque para él todo mapa oculta un tesoro, el de sus montañas, como si en ellas estuviera escrita la equis que marca el lugar en que cumplir un sueño. Y así, con ese espíritu, va buscando en sus cartas a la espera de descubrir algo, tal vez donde nadie lo espera, en el recodo que solo él conoce, porque los mapas, sobre todo si son de montañas, son en sí mismos tan insondables e imposibles de abarcar como el territorio que representan.

Entonces un día el montañero se da cuenta de que su mapa no guarda un tesoro solamente en esos lugares señalados, sino que todo él es un tesoro; que puede subir también a las colinas, recorrer los valles, detenerse en las praderas que nadie dejó señaladas allí en el papel. Y que, siendo así, ya no es como él creía que se conquista ese tesoro, en un único lugar, veinte pasos al oeste, diez al norte, tomar la pala, ca-

var hasta tocar algo duro, sacar el cofre y admirar el botín antiguo. Entonces el montañero comprende que no es él el pirata que anda buscando el oro, sino el que ya lo tuvo y lo deja. Y que en esa tierra se guarda, en efecto, un tesoro, pero que lo que a él le corresponde no es sacarlo a la luz, sino el placer tibio y moroso de decidir dónde enterrarlo.

Epílogo

El montañero sabe bien que una colina no es en realidad una montaña, y que estas bajuras y redondeces no han de calmar la sed de quien necesita el incierto consejo de las cumbres. Pero el montañero ha aprendido mucho de las montañas a base de coronar estas cimas mínimas sin pretensiones, ha empezado tal vez a comprender cómo se asciende en realidad una montaña y lo que ello significa.

Pensándolo bien, al montañero le vuelve a apetecer encaramarse en riscos más altos, sentir el frío intenso, la ventisca, la nieve, y atreverse también a un cierto riesgo. Aunque nunca fue amigo de las verticalidades y los barrancos, por aquello de que la vida ya tiene por sí misma suficientes motivos de vértigo, se le antoja tal vez asomarse a algún desplome y sentir el tintineo incómodo del vacío para saber que sigue guardando los mismos miedos. A este montañero, aunque le bastan las colinas para sentirse como tal, le siguen llamando

las cimas mayúsculas y no cree que deje de visitarlas, como tampoco es probable que algún día deje de encaramarse a estos cerros con el mismo ánimo de ahora.

Piensa el montañero que si ha escrito este libro no ha sido por equiparar montañas y colinas, que bien sabe que cada una esconde sus propias verdades, sino más bien por reivindicar estas últimas y darles la voz que merecen. Porque en la literatura de montaña hay mucho de aventura y de conquista, pero también de amor y respeto por lo que esas montañas representan, y a este montañero le falta un testimonio similar de estas alturas más modestas. Si ha escrito este libro, es no más porque ama inevitablemente estos paisajes, cada altozano de estos rincones, y le faltaba un documento en el que hallar testimonio de esa pasión.

Mañana el montañero subirá una colina, o tal vez una verdadera montaña, o quizás no haga más que caminar el llano y asomarse solamente a la verticalidad de sus nostalgias. Pero le quedará la satisfacción de saber que, en esta búsqueda eterna del hombre por hollar las cimas reales y figuradas de la vida, él tiene ya arriba de todas estas colinas un lugar cierto donde caerse vivo.